

LA ERA DE GENES CONTROL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA ERA DE GENES CONTROL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — ¡...Y las estrellas gritaron! - *Curtis Garland.*
2. — El planeta de las células - *Marcus Sidereo.*
3. — Luchar por Marte - *Clark Carrados.*
4. — Ejecutores de Mundos, S. A, - *Curtis Garland.*
5. — Planeta en subasta - *Glenn Parrish.*

RALPH BARBY

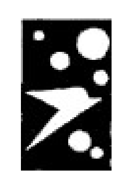
LA ERA DE

GENES CONTROL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. ° 292

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal; B. 600 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

La sala era dodecagonal. Tenía doce grandes paredes, pegadas una contra otra, todas exactamente iguales y sin poderse adivinar si una de ellas era una puerta que daba entrada o salida a la extraña sala del Supremo Consejo.

En el centro de la sala, como eje, había una mesa circular que ocupaba casi en su totalidad una esfera que era difícil determinar si era de cristal o metal, una esfera de unas cincuenta pulgadas de diámetro y que emitía radiaciones iridiscentes con intermitencia.

Cada una de las doce paredes cuadradas, pues tenían la misma longitud de base que altura, eran pantallas de telecomunicación.

Cualquier ser vivo que se hubiera quedado encerrado en aquella sala dodecagonal habría pensado que se había vuelto loco al ver en las respectivas pantallas doce rostros idénticos, doce rostros humanos con barba y perilla, doce rostros duros, pero que expresaban un deseo evidente de gozar de los placeres.

Sus cráneos semejaban totalmente calvos y lo estaban, pero debajo de una especie de casco púrpura de aleación plástica que protegía la bóveda craneana como una segunda osamenta, pero mucho más dura.

Era imposible penetrar en aquella sala dominada por la esfera. El suelo parecía impenetrable y el techo también. Por otro lado, nadie sabía dónde estaba aquella sala del Supremo Consejo, pues lo mismo podía hallarse en las entrañas de la tierra que en los espacios

siderales, dentro de una nave espacial.

A la sala del Supremo Consejo sólo tenían acceso aquellos doce rostros, iguales como una gota de agua a otra gota, como una abeja a otra abeja, como una estrella era igual a otra estrella vista en el infinito.

Doce rostros exactos que no se movían de la misma forma y que portaban sendos collares de oro de los que pendía un medallón del mismo noble metal.

Sobre cada uno de los medallones, compuestas por esmeraldas engarzadas, se podían ver unas letras. Aquellas letras era lo único que diferenciaba a los doce hombres, permitiendo decidir que aquello no era una repetición de imágenes.

No obstante, si se les escrutaba con atención, se advertía que los ojos no tenían la misma viveza ni sus gestos eran total y exactamente iguales, aunque al primer golpe de vista lo parecieran.

—Ha sido reunido el gran y supremo consejo —manifestó una voz profunda que parecía brotar de la esfera iridiscente que con su presencia dominaba las doce pantallas y los rostros que en ellas se reflejaban.

—Oh, Magot, oh, gran señor, todos te tememos, todos te amamos, todos te adoramos. ¿Qué quieres de Tshoniev?

Las doce voces, unidas en la salutación, semejaban una oración de total entrega y sumisión. Todos miraban la esfera al pronunciar las palabras al unísono.

Se volvió a escuchar la voz profunda que brotaba de la esfera iridiscente a quienes todos los reflejados en pantalla llamaban Magot, aunque sabían que Magot no era la esfera sino que a través de ella se comunicaba con ellos, los Tshoniev o gobernadores de las respectivas áreas.

—Hemos tenido noticia de graves disturbios en el área 1, nuestra mejor y más selecta área y que incluso se han llegado a destruir tesoros de incalculable valor.

Once de los doce rostros se movieron, dando a entender que podían mirar a través de aquellas pantallas. Observaron con fijeza a Tshoniev «A», cuyo rostro aparecía muy grave y preocupado.

—No se trata de nada importante, gran Magot, son pequeños disturbios promovidos por lunáticos que siguen creyendo en la venida de Egon, el Libertador.

—¿Egon? —repitió la voz del gran Magot en tono sarcástico—. ¿Aún subsiste ese estúpido mito del regreso de Egon, el Libertador?

—Siempre aparecen extraños y fanáticos profetas haciendo recordar a Egon a los esclavos.

—A esos promotores de disturbios hay que ajusticiarlos inmediatamente, pero sin convertirlos en mártires delante de los esclavos. Hay que someterlos, doblegarlos y dejarlos humillados —dijo con vehemente energía Tshoniev «L».

—¿Qué responde Tshoniev «A» a las palabras de su hermano «L»? —preguntó el gran Magot.

—Es lo que la policía de mi área viene haciendo, pero, por lo visto, esos fanáticos son refractarios a las amenazas y castigos; no obstante, daré orden para que se incrementen las medidas represivas contra los esclavos de mi área que, me gustaría puntualizar, es un área donde los esclavos no se hallan en estado salvaje. Se han acostumbrado al sistema, lo conocen bien y saben cómo escapar a la policía. El área 1 no es un área de trabajo duro.

—¿Qué opinan los demás hermanos Tshoniev? —interpeló el gran Magot.

—Los disturbios que ocurren en el área 1 tienen cierta influencia en el área 2 —dijo el propio «B».

—En mi área —intervino «C»— también he tenido que practicar alguna dura represión porque los esclavos farfullan demasiado el nombre de Egon y parece no hacer mella en ellos el hecho de que Egon sólo es un mito, una historia estúpida que alguien inventó en el pasado anterior a nuestra era Genes Control. Egon, el mito del año dos mil, una solemne tontería, pero los esclavos piensan en él como su libertador, como su salvador físico, el ser que les retornará a unos sistemas de civilización ya caducos. La era Genes Control dominará milenios y milenios mientras tu gran sabiduría nos guíe, gran Magot.

—¿Y tú qué opinas, Tshoniev «L»?

Todas las miradas convergieron en el interpelado por la esfera iridiscente.

Tshoniev «L» parecía muy seguro de sí mismo. El estaba en la peor de las áreas, la número 12, el área de los grandes bosques, el territorio donde los bárbaros salvajes se reproducían en estado primitivo. Allí eran capturados y seleccionados para luego redistribuirlos a las demás áreas según las necesidades de personal: labradores, mineros, obreros de industria, transformadores e incluso artistas, englobados en la selecta área 1.

Todos los Tshoniev sabían bien que el área 12 era la más dura para su gobernador, un gobernador que siempre no tenía los mismos gestos, pues cuando Magot lo decidía, un nuevo Tshoniev aparecía y el relevado tenía que entregarle el collar con el medallón de oro y la letra de esmeraldas.

El nuevo Tshoniev ocupaba el cargo y el relevado desaparecía en un vehículo volante. Hallarse como gobernador en el área 12 significaba que se era muy viejo o muy joven, recién llegado, aunque físicamente fuera un Tshoniev igual a los otros, quizá con alguna arruga de menos, también con menos ojeras y cansancio que los otros, pues el tiempo no pasaba en vano.

—Opino —dijo Tshoniev «L» comenzando a hablar— que las medidas a emplear deben de ser más drásticas. El relajamiento de los sistemas disciplinarios conduce al derrumbe de un imperio por fuerte que éste sea, la historia nos ofrece buenos ejemplos de ello, desde los griegos a la civilización tecnológica del año dos mil, pasando por los romanos. La disciplina no puede relajarse, porque es el principio del caos.

—Creo que Tshoniev se ha expresado con claridad. ¿Alguien está disconforme con él? —inquirió la voz grave del gran Magot.

Nadie dijo nada y el gran Magot, con sus radiaciones iridiscentes e intermitentes, prosiguió.

—Habrá relevo. Tshoniev «L» ocupará el área 1 y Tshoniev «A», ocupará el área 12.

Se produjo un intenso silencio. Un retroceso tan brutal, del área 1 a la 12, no se había producido en muchos siglos. Nadie de los que estaban allí había sido testigo de un retroceso tan espectacular. Pasar de la 1 a la 12 era descender demasiado.

Se solían perder puestos, pero uno o dos y así se iba descendiendo. De este modo, siguiendo el orden del alfabeto, se podía decir que ninguna letra correspondía al área del número

correspondiente a la letra. Todos estaban mezclados, a excepción del primero y el último, es decir, la «A» y la «L» que ahora estarían invertidos tras el drástico cambio que debido a las circunstancias acababa de imponer el gran Magot, presidente y emperador totalitario del sistema Genes Control.

—En la próxima reunión en este Supremo Consejo espero no oír quejas de ese mito llamado Egon, del se ha hablado en exceso. El mito Egon debe desaparecer. La sumisión de los bárbaros esclavos ha de ser completa y se emplearán las medidas más drásticas para conseguirla. Cualquier Tshoniev que no pueda controlar por completo su área será relevado de mando. Hay nuevos Tshoniev esperando una gobernación en cualquiera de las doce áreas en que se halla dividido el planeta. La reunión ha concluido.

—Oh, gran Magot, te tememos, te amamos, te adoramos, acatamos tus eternas decisiones —dijeron a coro los doce Tshoniev.

Al concluir su oratoria de sumisión, las doce pantallas se apagaron.

Dentro de la sala dodecagonal, irradiando luz iridiscente, sólo quedó la esfera que se hallaba sobre la mesa circular y a la que todos se dirigían para contactar con el gran Magot.

CAPÍTULO II

En lo más profundo de las fosas abisales de los océanos se alzaba

una gran roca de forma indefinida, pues no podía decirse que fuera esférica, cilíndrica ni paralelepípeda. Era simplemente una roca, pero monumental.

Formaba parte del fondo oceánico allí donde la luz jamás había llegado, allí donde toda vida era imposible y las presiones monstruosas.

De pronto, comenzó a sentirse un rumor dentro de las aguas, un rumor que se transmitió por ondas sonoras. Era algo suave y débil al principio, pero semejaba un movimiento sísmico presagio de un cataclismo abisal que, según la magnitud que tomara en su momento álgido, podía llegar a producir un maremoto que se extendería en todas las direcciones de la rosa de los vientos y si alcanzaba a algo o a alguien en su recorrido, habría de barrerlo totalmente.

El rumor creció y creció, pero no hasta el punto de convertirse en un seísmo submarino. Aquella gran roca que había permanecido siglos bajo las profundidades marinas, lejos de toda influencia y radiación, lejos de todo sonido o mensaje, se fue agrietando como el gigantesco cascarón de un huevo de pájaro o reptil.

El rumor aumentó y se tornó estruendo bajo las aguas. Nadie podía ver lo que allí ocurría, nadie podía ni siquiera sospecharlo.

Millares de toneladas de rocas se desprendieron a un lado y a otro. Era como una macrorroca que en su interior conservaba algo precioso, como una roca de pegmatita cuidadosamente golpeada por un gemólogo hasta descubrir la esmeralda que encierra.

De pronto, del interior de la roca surgió la gran gema...

Habría sido algo impresionante para un ojo humano, en el caso de poder verlo, pero nadie, absolutamente radie lo vio. Sólo algunos monstruos abisales fijarían sus espantados ojos en ella para ver qué otro monstruo se les podía enfrentar.

Lo que brotó de la roca fue como un enorme huevo, tan grande que la mismísima torre Eiffel podría ser encerrada en su interior; sin embargo, allí, bajo las aguas, en las profundidades abisales, semejaba un simple huevo de insecto, pues no había con qué comparar sus dimensiones.

La forma ovoide, como lágrima cósmica invertida, pues no caía de los ojos de una bella mujer sino que ascendía de la oscuridad de una noche eterna, se fue separando de la roca artificial que semejaba

querer atraparla, retenerla hasta el fin de los tiempos.

Era una roca que se desmoronaba, se rompía como una gigantesca ostra que se desmenuzaba por una enfermedad ignorada o quizá a consecuencia de la radiactividad y de su interior escapaba una preciosa perla que, como si pesara menos que el agua, comenzaba a subir lentamente como una burbuja de aire.

Pulgada a pulgada, aquella especie de macrohuevo o nave submarina ovoide que permaneciera durante siglos encerrada y protegida dentro de la roca artificial, ascendió hacia la superficie.

A cualquier bestia abisal, al verla pasar, le parecería el huevo de algún ser monstruoso.

Un número incalculable de mecanismos electrónicos y psicobiónícos se habían puesto en marcha en el interior de la nave y un ser comenzó a despertar.

Era difícil imaginar que aquella masa de energía, encerrada en una monumental y hermética caja de cristal, fuera un ser vivo, un ser humano, un terrícola.

Mas, allí dentro, una nube de energía empezó a retorcerse en todas direcciones, formaba rizos, espirales, verticales, esferas. Se enroscaba como una bola y luego, parecía desvanecerse como una niebla débil.

Aquello se movía, vigilado por múltiples ojos electrónicos que controlaban la cámara hermética. Un reloj atómico, con una total y absoluta fiabilidad, que desde que fuera puesto en marcha jamás había dejado de funcionar sin que nadie lo tocara, un reloj que en aquellos momentos marcaba millones de horas, encendió seis pilotos rojos.

Después, de izquierda a derecha, se apagaron uno a uno para luego encenderse en verde. Cuando el último piloto rojo se tornó verde, en la cámara hermética, rodeada por murmullos de mecanismos, se produjo como un estampido.

Brotaron unos chorros radiales dentro de los cuales se amalgamaban ondas conocidas y extrañas, cuyos efectos se conocían, pero no su verdadera identidad.

Aquella cámara hermética que semejaba de cristal, pero que era algo más que cristal, resultó bombardeada por los chorros de vida

como miríadas de rayos cayendo sobre el caldo cósmico que era el planeta Tierra en el principio de los tiempos, donde se perdía el cálculo de los millones de años.

Algo gritó, o quizá fuera mejor decir que lanzó un inmenso, profundo y alargado alarido. Era como el grito de un parto horriblemente doloroso en la soledad de las profundidades oceánicas y metido dentro de un gigantesco huevo artificial que subía y subía hacia la superficie donde era difícil saber si aguardaba el día o la noche, la tormenta o la calma.

La energía bombardeada adquirió una forma que al principio semejó espectral, fantasmagórica.

Al fin, al paso de los segundos en el monótono reloj atómico, pues aquí no había otra medida para conocer el paso del tiempo, apareció el ser.

A través de la mirilla del casco que cubría la cabeza del hombre, los ojos observaron en derredor como tratando de comprender algo que le era difícil entender y asimilar.

La energía encerrada allí durante siglos se había transformado en un hombre.

Era un hombre alto, casi medía dos metros. Estaba delgado y, sin embargo, sus hombros se adivinaban amplios bajo la guerrera-casaca que vestía. Calzaba botas de media caña que parecían muy recias y especiales.

Los pantalones eran ajustados y de la misma tela que la guerrera. Llevaba un cinturón amplio en el que había adheridos varios artilugios y a su derecha colgaba una especie de pistola metida en su funda.

El casco que le protegía la cabeza casi por completo semejaba de oro y sobre su parte frontal, que era amplia, pues bajaba hasta las cejas del hombre, había un águila bicéfala de color rojo con las alas extendidas y las garras semiabiertas.

El hombre sostenía entre sus manos una especie de subfusil corto que no se parecía a nada conocido, en el pasado ni el presente de la historia del planeta Tierra.

—¡Egon, Egon, Egon! —llamó una voz profunda que brotó de un altavoz y semejó salir del interior de algún *cassette* de los miles de

millares que se acumulaban en la memoria de la computadora.

—¿Soy yo Egon o acaso soy todavía energía que sueña lo que debo de ser? —preguntó de pronto el hombre que, obviamente, era un luchador, un miliciano que había burlado el paso del tiempo transformado en energía pura.

—Sí, eres Egon —le respondió la computadora como si tuviera pensamiento propio, pues vida sí la tenía mientras le durase el núcleo energético que la alimentaba.

—Entonces, ¿he despertado ya?

—Sí, Egon, has despertado. El reloj ha marcado la hora. Saldrás al mundo que quizá no te espera, que quizá te ha olvidado. Saldrás y cumplirás con tu deber.

—Sí, mi deber. He de saber si el mundo es el que era; si ha sido invadido por seres extraños de otros sistemas estelares, si ha evolucionado en forma aberrante o sólo queda de la Tierra una superficie yerma.

—Correcto, Egon. Tú debes de ver, escrutar, decidir y sentenciar. Jamás sobre hombre alguno ha pesado mayor responsabilidad que la que desde este momento gravita sobre tus hombros. Deberás ser invencible si luchas, pero no lo olvides, tú no eres inmortal. Ningún ser terrícola es físicamente inmortal.

—¿Y si tengo dudas para decidir y sentenciar?

—Estoy yo, Egon, yo estoy contigo.

—¿Y tú quién eres?

—La Historia, Egon, la Historia. Jamás biblioteca, hemeroteca, videoteca alguna, ha contenido tantos datos como los que fueron almacenados en mi memoria.

—Comprendo. Si tengo dudas, la Historia deberá aconsejarme.

—Correcto, Egon —respondió la computadora que almacenaba la sabiduría del pasado del Hombre.

Egon tuvo un sentimiento de tranquilidad. No estaba solo, la Historia le acompañaba. Si no sabía qué decidir, la Historia le daría precedentes, le haría saber con exactitud las decisiones y sentencias

que los hombres sabios de todos los tiempos habían tomado respecto a cada situación, lo que no dejaba de ser, sin embargo, una gran responsabilidad.

El tenía poderes, lo sabía. Quienes habían construido aquella cámara para encerrarle y enviarle al futuro sin que el transcurrir del tiempo hiciera mella en él, le habían otorgado poderes secretos que ningún ejército había conocido jamás, ni siquiera intuido.

En cierto modo, eran unos poderes experimentales de los que se conocía más la teoría que la práctica. Y todos aquellos poderes los habían puesto en manos de un hombre físicamente perfecto, psicológicamente sano, luchador y evolutivo por naturaleza, resistente e indómito.

Un hombre que no se doblegaría a nada ni a nadie más que a la misión que se le había encomendado y que él había jurado cumplir, renunciando a una posible vida que tenía por delante para lanzarse a un futuro incierto del que no estaba seguro él ni quienes lo habían elegido.

—Egon, debes salir del claustro y si alguien te suplica justicia, concédesela. Fuiste elegido entre todos los hombres de tu tiempo para llevar a cabo la más difícil misión encomendada a mortal alguno. Eres Egon, el elegido, el puro, el fuerte, el invicto, el justiciero. Todo aquel que en beneficio propio someta a su prójimo, sean cuales fueren las circunstancias, propiedades o rangos de cada uno de ellos; déspotas o sometidos, sufrirá el castigo al que tú le someterás porque has sido dotado de poderes que los demás humanos desconocen.

—Egon soy yo, estoy consciente de ello. No tengo duda alguna y acepto mi misión, el compromiso que acepté en el pasado cuando presté mi juramento de lealtad y justicia, repudiando actuar jamás en pro de un lucro o poder personal.

Egon jaló el gatillo de su subfusil y de él brotó un dardo luminoso que pegó sobre el cristal de la cámara en que se hallaba encerrado.

El cristal se fundió, abriéndose un amplio boquete por el que salió el hombre de la cámara que lo retuviera en forma de energía mientras el tiempo transcurría para los demás seres humanos y no para él.

La gran nave submarina de forma ovoide arribó a la superficie del océano, pero apenas emergió una parte, no superior a una décima

de su volumen total, como si de un iceberg se tratara.

De pronto, en la parte emergida de la gran nave y que dentro de lo cóncavo era la menos pronunciada, comenzaron a abrirse unas compuertas.

Sorprendentemente, por ellas brotaron plantas palmáceas, arbustos e incluso rocas, todo ello artificial, pero había que tocarlo para constatar su naturaleza ficticia.

Visto a distancia, aquello no era más que una pequeña y despreciable isla situada en medio del océano y no muy lejos de un archipiélago para que la isla no fuera objeto de recelo ni especial atención, tomándola como una más en el conjunto del archipiélago oceánico, alejado de todos los continentes.

Egon subió a una plataforma unida a una guía por uno solo de sus lados y que resultó un ascensor sin cabina.

Ascendió por un túnel vertical y al llegar a lo alto, se abrió una escotilla. Por entre unas falsas rocas, salió a la luz, al sol, al olor y sabor del océano cuyo rumor llegó claramente hasta sus oídos.

Estaba solo sobre aquella isla simulada para que no fuera fácilmente descubierto y al otro lado de las aguas, en todas direcciones, estaba el mundo que él debía escrutar, según lo previsto por los sabios que llevaran a cabo el insólito y secreto proyecto.

No obstante, en su día había habido filtraciones al respecto y de rumor se había transformado en leyenda. Transmitido de boca a boca, había permanecido latente a través de los siglos pese a la total prohibición de que nada quedara escrito sobre el fantástico Egon.

Se le consideraba sólo un mito al que los esclavos se aferraban como náufragos a una tabla en medio del océano cuando, en realidad, estaban condenados a morir ahogados irremediablemente.

Pero, esta vez, la tabla tenía consistencia. El mito no era tal; la leyenda era historia viva y Egon estaba allí, armado y protegido como el más noble de los guerreros en busca de la justicia, una justicia que, si ya existía, no debería tocar ni intervenir para nada en ella y él se integraría como uno más en el mundo de los terrícolas con los cuales se encontrara. Mas, si no era así, la lucha habría comenzado.

Aunque pareciese imposible que un hombre solo pudiera luchar contra posibles ejércitos armados con nuevos ingenios bélicos, estaba

dispuesto a enfrentarse a todo para llevar a cabo su misión.

El hombre debía seguir su evolución conforme al equilibrio de su historia, que si no había sido buena y sí lamentable en muchos de sus episodios, había sido la lógica, la que no había perturbado su evolución.

Sólo invasores extraterrestres o sucesos degenerativos artificiales podían impedir esa evolución y Egon no sabía aún contra lo que debería enfrentarse, pero en aquellos instantes, lo que deseaba era saborear el olor, el sabor de la brisa marina.

Quería sentir en cada una de sus células que estaba vivo, que no era un sueño lo que le estaba sucediendo.

El no era un dios, sólo un hombre y como le había recordado la computadora, mortal.

CAPÍTULO III

En el cielo nocturno, plagado de estrellas que chispeaban sobre el terciopelo negro del cosmos, sin una sola nube que enturbiara la belleza estelar del plenilunio, una luna grande, redonda, luminosa y fría a la vez, semejaba coronar la escarpada y abrupta montaña rocosa.

Al pie de la montaña, en una gran explanada, restos de algún templo olvidado, de espaldas a los grandes bosques que lo circundaban y entre los que vivían los bárbaros salvajes, los bosquimanos, restos controlados de la civilización tecnológica ya desaparecida y cuyos supervivientes habían sido obligadamente degradados.

Habían sido convertidos en meros animales subculturizados. No podía decirse que carecieran de inteligencia, pero como se les impedía desarrollar toda clase de medios, vivían en un estado de primitivismo forzado que se había transmitido de generación en generación.

Ninguna de las generaciones de bosquimanos que allí vivieran había visto nada que significara una técnica depurada que les permitiera desarrollarse.

Todo metal les estaba vedado y si no había metal, no había posibilidad de crear ninguna clase de industria, por rudimentaria que

ésta fuera.

Cualquier atisbo de metal era detectado por los siervos de Magot. Inmediatamente era seguida la pista del metal, destruido éste y su poseedor ejecutado de forma que ellos consideraban ejemplar, para causar el lógico temor a los demás bárbaros y que nadie reincidiera.

El suelo de la explanada era de grandes losas de granito. Al fondo, como buscando el amparo de la montaña rocosa, ascendía una escalinata también de granito y muy larga, en forma de semicírculo.

En lo alto de la escalinata, sólo ruinas, columnas derruidas de un templo arrasado por algún cataclismo telúrico o la acción destructora de los ingenios bélicos del hombre terrestre.

Por allí, a ciertas horas del día y cuando los bárbaros bosquimanos no se reunían en aquel lugar, correteaban los monos dando saltos y chillidos. Después, desaparecían hacia el interior de los espesos bosques plagados de árboles de las más variadas especies y que proporcionaban gran variedad de frutos que permitían la vida de aves, mamíferos y otros animales.

Por ello, los bosquimanos, cazadores por necesidad, no tenían demasiados problemas en procurarse alimentos y el hambre no hacía estragos en ellos.

Incluso los grandes animales de depredación habían sido exterminados, como los grandes felinos, lobos, osos y las serpientes venenosas. Aquello podía parecer un paraíso, pero distaba mucho de serlo, pues en realidad era una granja gigantesca con una falsa libertad.

De cuando en cuando se presentaban los cazadores de Magot y el hombre bosquimano, descendiente de la soberbia era tecnológica, era cazado como cualquier otro animal y convertido luego en esclavo.

Algunos, pocos, conseguían llegar a viejos sin haber sido cazados y éstos eran los que transmitían por vía oral su historia, sus leyendas, y también entregaban las piedras cinceladas en las que por medio de dibujos se explicaba de una forma primaria los hechos históricos y los que eran susceptibles de ser conservados, tales como conocimientos de astronomía, geografía, física, química y medicina.

Todo tenía que grabarse en piedras. El metal estaba maldito, pues era fácilmente detectable por los opresores de Magot.

En lo alto de las escalinatas se hallaba un anciano enjuto, cubierto con pieles de animales cazados por ellos mismos.

Sus cabellos eran canos y tan largos que rebasaban sus hombros. Sus ojos revelaban cansancio y su zurda se apoyaba sobre una larga vara a modo de báculo que en los momentos en que sus fuerzas flaqueaban, le ayudaba a continuar en pie.

Noah Barcley era el más viejo de los supervivientes entre todas las tribus de bosquimanos.

Sin embargo, se contaba que en cierta ocasión (de ello hacía muchos años) Noah Barcley había sido capturado como uno más de los que allí nacía y se desarrollaban, junto con un grupo, había logrado huir y regresar a los bosques utilizando una balsa construida con los elementos más básicos, orientándose por las estrellas y recordando lo que habían estudiado en las piedras didácticas cinceladas siglos antes por quienes, al comienzo de la era Genes Control, habían temido una desculturización total y absoluta de los sometidos.

Todas las tribus diseminadas a lo largo de miles de millas, de norte a sur y de este a oeste entre los grandes bosques, respetaban a Noah Barcley y sabían que los siervos de Magot lo buscaban para ejecutarlo.

Aquel respeto había hecho que acudieran al lugar de concentración muchos de los bárbaros. Querían escuchar las sabias palabras del anciano.

El plenilunio, que hacía que el granito se viera blanquecino y los hombres, mujeres, niños y anciano semejaran sombras, era suficiente para iluminar la concentración.

—¡Hermanos, hermanas! —gritó haciendo llegar su voz hasta las lindes del bosque, en todas direcciones.

Se produjo un gran silencio para escuchar atentamente las palabras del anciano Barcley.

—Somos los bárbaros, la especie destinada a la esclavitud en el imperio de Magot, el más odiado, terrible, poderoso y despiadado opresor de todos los tiempos, desde que el primer hombre holló nuestro planeta.

«Hermanos, hermanas, nosotros somos iguales porque tenemos

una cabeza, un tronco, unas extremidades, unos ojos, unas orejas, porque tenemos un cerebro y tenemos un espíritu que nos exige que luchemos por nuestra libertad, aunque sé bien, y a nadie se le escapa, que nuestro poder es nada. Si no somos exterminados totalmente es porque a ellos no les interesa. Prefieren que vivamos y nos desarrollemos y luego, de entre nuestro pueblo, escogen a los varones y a las hembras mejor dotados y los llevan a sus destinos para que en régimen de esclavitud trabajen para ellos.

»Todo lo que os digo no es nada nuevo, todos lo sufrimos. Vemos desaparecer a nuestros mejores hombres y mujeres y aquí quedan los niños y las hembras menos útiles para ayudar a la crianza de esos niños que, cuando crezcan, a su vez serán capturados y explotados a conveniencia de los intereses del imperio del gran Magot. Mas, esta situación no puede durar eternamente como Magot y su monstruoso pueblo pretenden, porque nosotros no somos idénticos. Unos tenemos la piel blanca, otros amarilla y otros negra… Unos ojos son más grandes que otros o cambian de color; unos somos más altos y otros más bajos. Existen diferencias que marcan personalidades. En cambio, ellos carecen de personalidad. Son exactamente iguales por grupos.

»Los gobernadores son idénticos unos a otros. Los organismos de vigilancia y represión, siendo millares y millares, son iguales y cuando uno de ellos envejece o pierde la igualdad por enfermedad o accidente, es eliminado y otro exacto a los demás ocupa su puesto. También son así sus mujeres. Esa es la aberrante era Genes Control que ahora domina nuestro planeta. Unos seres muy seleccionados que prácticamente salen de laboratorios de biogenética y gemelos. De este modo, el odiado y repugnante Magot tiene un ejército de autómatas que le sirve porque no son como nosotros. Tienen poder, es cierto, pero sólo son autómatas y nosotros, pese a la degradación a que hemos sido sometidos, continuamos siendo personas y algún día venceremos.

—Pero, ¿cómo? —interpeló una voz ansiosa entre la multitud allí congregada.

—No tenemos armas, no tenemos poder ofensivo ni defensivo, sólo palos, hachas de piedra, puñales de hueso contra los sofisticados ingenios bélicos que ellos poseen. Es imposible hacerles nada porque ellos, situándose a una distancia donde una piedra o una flecha con punta de pedernal no les alcanza, pueden exterminarnos con suma facilidad.

—Podemos luchar hasta morir —dijo otra voz con seguridad, dispuesta al sacrificio si le secundaban.

—No, eso tampoco —cortó el anciano Barcley—. La esclavitud es el estado más humillante en que puede caer el ser humano, pero si morimos todos, no habrá posibilidad de un mañana de liberación. Debemos subsistir, pase lo que pase. Egon vendrá y nos ayudará a liberarnos de Magot. Egon está por venir, debemos creer en él. Un grupo de sabios antepasados nuestros pensaron en lo que nos podía ocurrir y que al final ha sucedido. Ellos crearon a Egon y Egon despertará, vendrá en nuestra ayuda y terminará con la aberrante era Genes Control.

—¿Cómo un hombre solo podrá venir a salvarnos, luchando contra todo el imperio de Magot? —preguntó uno de los hombres de primera fila, subido a unos peldaños ce la gran escalinata.

—Ignoro el poder de que dispondrá; sólo sé que él podrá salvarnos de la situación en que nos hallamos. Egon tiene que llegar en nuestra ayuda, que es lo mismo que decir en ayuda de la humanidad natural y no manipulada por intereses de poder y ambición. La ciencia del hombre tuvo en sus manos la genética y entonces comenzó su destrucción porque aparecieron quienes desearon manipularla. Cuando un sabio crea o descubre algo muy importante, es imposible que trate de negarse a quienes intentan explotar sus inventos o descubrimientos. Siempre hay hombres perversos, poderes oscuros que manipulan lo que los científicos descubren y con la genética sobrevino el gran desastre de la humanidad.

«Crearon una raza nueva de seres y los normales como nosotros fuimos privados de todo medio para culturizarnos. Nos persiguieron como a bestias y esclavizados según su conveniencia. Cuando nuestro pueblo quiso defenderse, ya era tarde. Ellos producían y producían soldados iguales y de este modo tuvieron un ejército prácticamente invencible bajo el que sucumbimos. Cuando un soldado de Magot moría, tras él no había una esposa, unos hijos, una madre, una familia en suma que lloraba y pasaba miseria. Eran autómatas que obedecían suicidamente. Si hacía falta, morían y otros ocupaban su lugar. No se atendía a los heridos graves porque no hacía falta. Ellos tenían nuevos soldados para ocupar los puestos vacíos. Cualquier ser tarado es eliminado y ellos lo aceptan porque así han sido concebidos. Sé que mis palabras las habréis oído infinidad de veces alrededor de las fogatas de vuestros campamentos, bajo las estrellas o en el interior de grutas o ruinas abandonadas como ésta en la que nos hallamos ahora,

pero Egon vendrá en nuestra ayuda y debemos creer en él, porque Egon será la espada de fuego que barrerá á Magot y su execrable imperio.

Chaiew, un hombre alto, fuerte, de aspecto luchador, de tórax velludo y que como todos los demás vestía pieles, pues no tenían telas ni posibilidades de tenerlas, ya que todo aquel que era apresado con algún vestigio de intento de evolución técnica era condenado a una muerte lenta, se adelantó para puntualizar:

—Mis padres dijeron que vendría Egon a salvamos y fueron capturados y conducidos a las áreas de esclavitud. Los padres de mis padres, lo mismo, y así siempre. Sólo son palabras. Deberíamos unimos y formar un ejército que les hiciera frente.

—Chaiew —interpeló el anciano Noah Barcley, que conocía muy bien al joven fornido que tenía delante, aquel joven de escaso cabello en la cabeza y ojos ligeramente oblicuos. Todo él transpiraba fuerza y deseos de lucha—. Egon vendrá, no debéis dudarlo. Vendrá en un tiempo en el que la luna se oculte y tengamos una de las noche más negras de todos los tiempos. Será la señal, sí, ésa será la señal de que Egon regresa para liberarnos.

—Otras veces la luna se ha ocultado en el cielo como avergonzándose de nosotros que no sabemos luchar y Egon no ha venido. ¿Quién es Egon, cómo es, de qué fuerzas dispone?

—No lo sabemos, Chaiew, Egon fue un proyecto secreto y lo único que sabemos es que existe, nada más.

—Leyendas, sólo leyendas que propagan los mismísimos perros de Magot para que nos agarremos a una esperanza y sigamos subsistiendo, reproduciéndonos y proporcionando nuevos esclavos para sus necesidades. Sólo una leyenda que a ellos les favorece porque mientras tengamos esperanza viviremos.

—No hemos de perder la esperanza, Chaiew, no podemos perderla.

—Claro que no, noble Barcley, claro que no, porque si perdemos la esperanza, ¿qué nos queda? —Se produjo un denso y angustioso silencio—. Yo os lo diré, nada, nada... Y si no nos queda nada, si no tenemos nada que perder, ¿por qué no luchar?

—¡Egon no es una leyenda! —gritó de pronto una voz femenina —. ¡No es un mito, es una realidad!

—¿Y tú, Amaryllis, cómo sabes que no es un mito creado por Magot? —le preguntó abiertamente Chaiew, el cual, dejando aparte el momento de debate que estaba viviendo, se hallaba muy interesado en Amaryllis, como muchos otros.

Amaryllis era de una belleza perfecta, desde las uñas de sus pies a sus áureos cabellos. Era una mujer que resplandecía de hermosura y noble sensualidad, la más bella de todas las hembras conocidas de las tribus bárbaras.

Se cubría con una fina piel de gacela cosida a unas pieles blancas de visón, desde la mitad de las caderas hasta los muslos, pues las piernas las llevaba desnudas como todos. La suave piel de gacela moldeaba su busto en la parte escasa en que lo ocultaba.

Cerca del anciano Noah Barcley al que consideraba como su progenitor, aparecía bañada por los rayos de la luna y su espléndida belleza hacía mover las nueces dentro de los cuellos masculinos.

La perfección de las formas de Amaryllis era inigualable y no sólo era hermosa, sino que dentro de su aparente fragilidad resultaba elástica y resistente.

Podía correr y correr durante millas por los bosques, sin apenas cansarse, lo mismo que los más entrenados cazadores. No era fácil atrapar a Amaryllis y varios de los hombres que habían acudido a la gran concentración lo habían intentado en vano.

Amaryllis había sabido escapar siempre de los torpes apetitos sensuales. Ella se entregaría al más fuerte, al más noble, al hombre que la hiciera sentirse orgullosa de darle hijos que tuvieran un poco de los dos.

Chaiew la miraba con mucho interés. Quería ser el elegido, pues sabía como todos que si ella no aceptaba, no sería la mujer del que intentara atraparla y poseerla.

Amaryllis, la más atractiva y deseada de las mujeres bárbaras, no había dado esperanzas a nadie y se comentaba que para dar a luz a hijos que hubieran de terminar convertidos en esclavos, prefería no alumbrarlos y seguir siendo virgen, permaneciendo junto al gran patriarca de los bárbaros, Noah Barcley.

De súbito, se produjo un vivo rumor de expectación. En el cielo, la luna, grande y redonda, comenzó a ser como mordida.

—¡La luna se oscurece! —gritó una mujer.

—Un astro la oculta —gritó Chaiew— El anciano Barcley os lo puede explicar, no se trata de un milagro.

—Es cierto lo que dice Chaiew, no es ningún milagro. La Tierra, nuestro planeta, se interpone entre el sol y la luna y, al privar a ésta de la luz, la oscurece, pero no deja de ser una señal que se produce de tarde en tarde y quizá la de esta noche sea la definitiva y Egon llegue. ¡Egon, Egon, gritad todos conmigo!

—¡Egon, Egon, te esperamos! —suplicaron al unísono cientos de voces.

Chaiew no se adhirió a la llamada. El no creía en la llegada del legendario Egon.

El sólo sabía que la luna se iba a ocultar y la más completa y absoluta oscuridad les envolvería. Aquél podía ser el gran momento Sabía exactamente donde estaba Amaryllis, la bella rubia Amaryllis. Estaba en lo alto de la escalinata, junto al anciano.

Si no obraba con torpeza, podía subir rápidamente cuando se hiciera la total oscuridad y atrapar a la joven entre sus brazos. Se la llevaría a los bosques y allí, en la soledad, la haría suya. Cuando su unión estuviera consumada, ¿quién se lo reprocharía, acaso ella misma? No, ella ya sería su mujer.

Comenzó a palpitarle el corazón con mayor celeridad, lo notaba como un tambor dentro de su amplio tórax mientras entre esperanzados y asustados, todos miraban al cielo, a la luna que se hacía cada vez más pequeña, mordida por un círculo negro que no acababan de comprender era la sombra que proyectaba la propia Tierra; sobre su satélite natural.

La luna era ya casi un fino arco.

Chaiew permanecía tenso, dispuesto a saltar hacia lo alto de las escaleras. Esperaba coger a Amaryllis desprevenida cuando, de pronto, sorprendiéndoles a todos, les bombardearon unos potentes haces de luz que les iluminaron plenamente.

Se produjo un gran murmullo. No sabían a qué atenerse pero, de inmediato, se escuchó una voz.

—Atención, bárbaros, atención, soy Tshoniev «L». Estáis

cercados, no deseo que haya víctimas, pero si me obligáis...

Mientras les hablaba el mismísimo gobernador del área 12, la más grande de las áreas donde los bárbaros se reproducían en régimen de figurada libertad, pues estaban vigilados y de cuando en cuando se hacían redadas, Chaiew trepó hacia lo alto de la escalinata.

Pero Amaryllis corría ya, llevándose consigo al viejo Noah Barcley. Un fornido negro que les precedió, movió una roca, desapareciendo los tres por un agujero de las ruinas que conducía a unas galerías subterráneas.

El negro volvió a hacer rodar la piedra y quedaron encerrados. En el revuelo provocado entre los congregados, quizá habían logrado escapar sin ser vistos, mas no era seguro.

Los cazadores de Magot, a cuyo mando iba el mismísimo Tshoniev «L», tenían cercado el lugar y sólo unos pocos pudieron escapar introduciéndose en el bosque.

Hubo disparos de balas narcotizantes y varios de los que trataban de huir cayeron por el suelo, desvanecidos. Inmediatamente, también se efectuaron disparos de «Láser» contra los fugitivos que habían llegado más lejos y que resultaron incinerados en medio de grandes llamaradas que sobrecogían a quienes las presenciaban.

Todos los policías, vestidos de azul negro y con cascos rojos, eran exactamente iguales. Llevaban chalecos antigolpes y nada les hicieron las flechas, lanzazos y pedradas que les lanzaron quienes se negaban a ser capturados y convertidos en esclavos.

Verle la cara a uno era verle la cara a todos. Eran idénticos, como gemelos monocigóticos. La concepción de todos ellos había sido controlada genéticamente. Era un producto de laboratorio, seres humanos y terrícolas, pero producidos en factorías de genética.

Sólo les diferenciaban las placas de identificación y un número que grababan en su piel, justo al entrar en la pubertad y cuando se les consideraba aptos, pues los que sufrían alguna tara o deformación física, eran fríamente desestimados, lo que equivalía a decir eliminados de forma indolora.

Los siervos de Magot debían de ser todos perfectos y exactamente iguales por grupos sociológicos o profesionales.

Entre aquellos policías que no pensaban y sí obedecían

taxativamente toda orden recibida, sin posibilidad de razonarla, aparecieron otros que en vez de llevar fusiles portaban látigos y cinturones de esclavitud en sus manos.

Los látigos restallaron en la noche mientras la luna se eclipsaba como para no presenciar aquel ataque vergonzoso y humillante que los focos sí iluminaron. Los látigos golpearon los cuerpos y fueron separados los niños, las mujeres embarazadas y algunos hombres de edad madura que no parecían muy fuertes. No se les consideraba selectivos y se les ordenó:

—Todos los que sean pintados en la cara de rojo, que corran hacia los bosques y vayan a sus chozas. Si están al alcance de las armas en el plazo de tres minutos, serán exterminados —advirtió la voz de Tshoniev «L» junto al cual estaba su ayudante, uno de los policías con el nombre de P-Mil Uno.

Brutalmente, golpeando con los mangos de los látigos que eran metálicos o con las fibras artificiales de los mismos, que superaban al cuerpo en elasticidad y dureza, pues cortaban la piel humana con sólo rozarla, fueron seleccionando a los cautivos.

A los que interesaban, hombres y mujeres jóvenes y fuertes, les eran colocados los cinturones de esclavitud con las hebillas electrónicas de control, indestructibles aunque se las golpease con piedras.

Una vez tenían colocados los cinturones, quedaban a merced de sus captores, pues el cinturón de esclavos les producía dolores intensos dentro del cuerpo al tiempo que una semianestesia que anulaba su rebeldía.

Los pintados en rojo, niños, mujeres encinta y algunos hombres, huyeron la mayoría con llanto al verse separados de los suyos, en especial los niños que veían como sus padres eran hechos prisioneros.

Apareció una gran nave de carga, lenta y silenciosa, que se posó sobre la gran explanada.

Los cautivos esclavizados fueron obligados a entrar en la nave.

P-Mil Uno se encargaba directamente de la operación. Tshoniev, cerca de él, estaba de mal humor.

—La he visto, estaba ahí arriba. —Señaló hacia lo alto de las escalinatas.

—Yo también la he visto, pero como se ha producido un alboroto y han corrido como conejos, en todas direcciones.

—Hay que encontrarla. Aunque sólo la he visto de lejos, estoy seguro de que es una lilium, no me cabe ninguna duda.

—He oído rumores de que entre los bárbaros existe una lilium, pero sólo es un rumor, no está confirmado.

—Quiero que todos sean controlados meticulosamente en esta redada.

—Será imposible, gobernador —le dijo P-Mil Uno, que estaba al mando de toda la fuerza policial del área 12—.

Algunos han conseguido escapar a los bosques, incluso por detrás de las ruinas.

—Si es de verdad una lilium, me gustaría capturarla.

—Comprobaremos si está entre las cautivas, pero no lo creo. Cualquiera de mis hombres la habría reconocido de inmediato. Ninguna bárbara bosquimana puede parecerse a una lilium.

—¿No existe la posibilidad de que se haya ocultado entre estas ruinas? —preguntó Tshoniev subiendo por las escalinatas, mirando a un lado y a otro, iluminado todo el camino por uno de los potentes focos que no le perdía de vista.

—Fueron bombardeadas hace mucho tiempo, no quedó nada en pie. Ni siquiera los bárbaros las utilizan como morada y si tuvieran grutas, lo harían. Sólo han empleado este lugar de vez en cuando para alguna concentración, como ésta que hemos sorprendido.

—Mala suerte. Estoy seguro de que existe esa lilium entre los bárbaros y no se puede consentir.

—¿Y si interrogáramos a los cautivos? —preguntó P-Mil Uno.

—¿De qué serviría? —replicó Tshoniev «L» con sarcasmo—, ¿Acaso alguno de estos bárbaros ha tenido oportunidad de ver a una lilium para poder identificarla después?

—No, eso es cierto, ninguna lilium controlada ha estado en estos bosques y ellos tampoco ven jamás las televidecomunicaciones, ni siquiera saben lo que son. Son como animales que hay que educar en

períodos cortos de tiempo para el trabajo a que se les destine en su estado de esclavitud.

—Entonces, ¿cómo iban a decirnos si hay una lilium entre ellos o no?

—Es cierto, pero las liliums responden a unas características y si les mostramos unas simples TD-fotografías, podrían identificarla.

Tshoniev quedó pensativo unos instantes; luego, sonrió.

—Has acertado, PMil Uno. Eres listo y muy agudo. Ahora que voy a pasar a la gobernación del área 1, te llevaré conmigo.

—Gracias, gobernador. Le serviré como es norma en mí.

—Hazte con una TD-fotografía y muéstrala a los cautivos. Quiero ver si la reconocen como a una lilium.

Mientras, un policía que se distinguía como oficial por los galones sujetos a sus hombreras y bocamangas, pues su rostro y constitución era exacta a la de P-Mil Uno o a la de cualquier otro de los policías que allí estaban y que manejaban los fusiles o látigos según se les había ordenado, comunicó:

—Mi comandante, ya tenemos a los viejos separados.

Tshoniev y P-Mil Uno miraron hacia un grupo de unas cincuenta personas entre las que había hombres y mujeres. Todos tenían los cabellos canosos.

—Tráiganme inmediatamente una TD fotografía de una lilium.

—En seguida, gobernador —se apresuró a asentir P-Mil Uno, alejándose hacia la gran nave en la que fueran introducidos los cautivos recién capturados y sometidos a aquel sofisticado grillete que era el cinturón de esclavo del que no se podían desprender y que les sometía totalmente, pues doblegaba a los más rebeldes e indómitos.

Tshoniev se paseó con las manos a la espalda por delante de los bárbaros ancianos capturados y que permanecían quietos, callados, controlados por las armas de los policías de Magot.

Tshoniev «L» comenzó a hablarles.

—Vosotros no sois nada, basura vieja, bárbaros que coméis lo que necesitan vuestros hijos o vuestros nietos. Sois un problema para

todos, pero es posible que os perdone la vida:

Nadie dijo nada, allí se mantenía un gran silencio. La luna era redonda de nuevo, pero no podía emular la luz de los focos en la gran explanada de las ruinas donde estaban los vehículos de los policías de Magot y la gran nave de carga de cautivos.

—Sí, perdonaré la vida a quienes me den la información que les pida.

P-Mil Uno se le acercó entregándole una fotografía tridimensional, con gran nitidez de color.

En ella podía verse a una mujer hermosa, de líneas venusinas, perfecta en sus proporciones. Tenía cabellos largos y rubios, ojos verdes y labios plenos de vida, un rostro y un cuerpo inconfundible, pues la mujer de la fotografía apenas estaba cubierta por un diminuto atavío de dos piezas que permitía contemplar todo el esplendor de su belleza.

Tshoniev «L» tomó la TD-fotografía y comenzó a mostrarla a los cautivos ancianos.

—¿La conocéis, la habéis visto por vuestros bosques, está en alguna de vuestras tribus?

Silencio, nadie respondía, pero Tshoniev no perdía la calma. Era un hombre seguro de sí mismo, alto, pero no tanto como sus policías, de apariencia más pesada y dado, como todos los Tshoniev, al goce de los placeres.

—Si alguno la conoce, que lo diga y tendrá mi protección.

—Señor gobernador, enviado del gran Magot —comenzó a decir una mujeruca arrodillándose frente a Tshoniev «L».

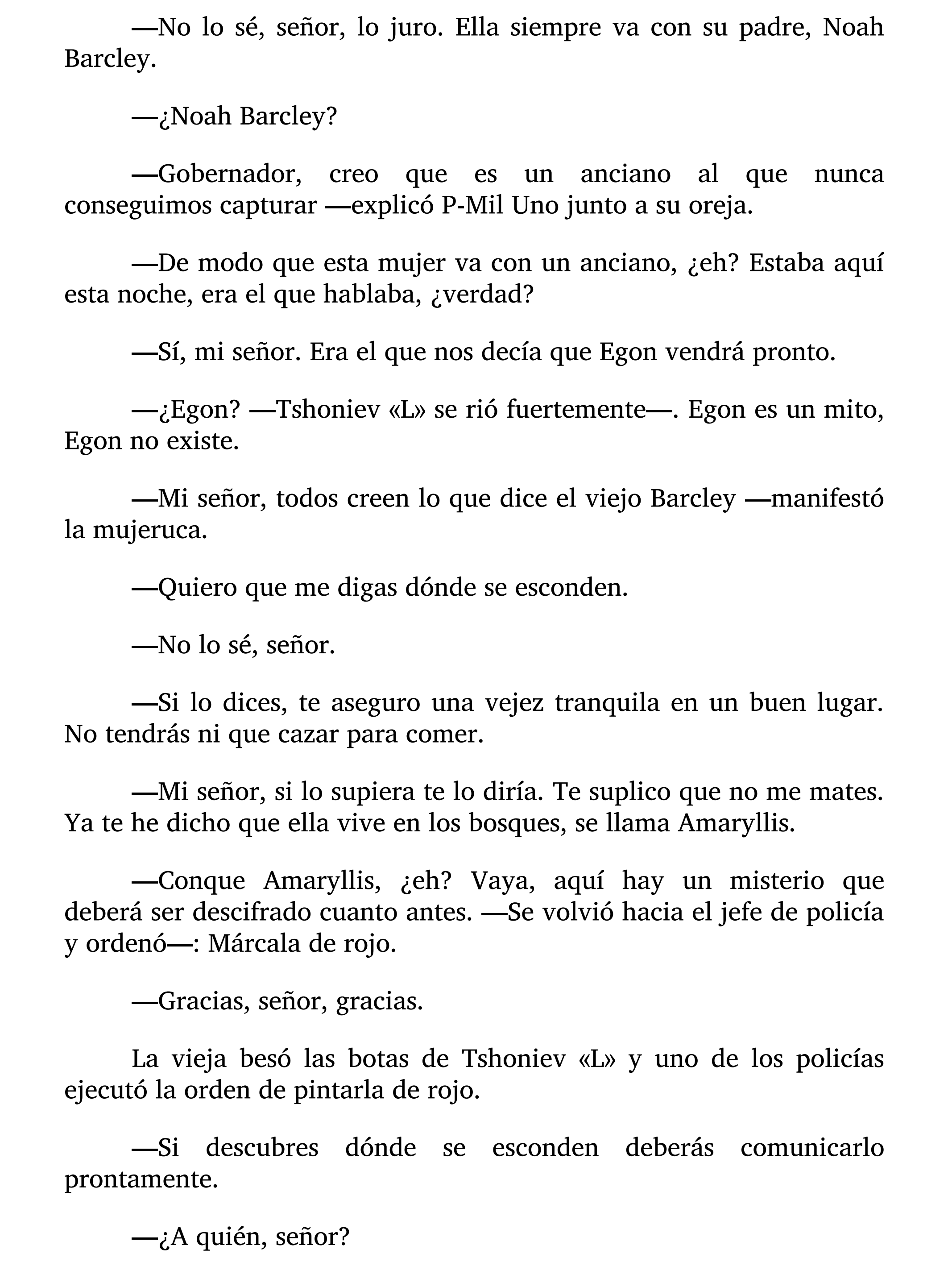
—¿Tú la has visto?

Los demás ancianos, hombres y mujeres, no dijeron nada, pero con su mirada de asco repudiaron a la que se postraba ante el esclavizador.

—Estaba aquí esta noche, ¿verdad?

—Sí, mi señor, estaba aquí.

—¿Dónde está ahora?



—No lo sé, señor, lo juro. Ella siempre va con su padre, Noah Barcley.

—¿Noah Barcley?

—Gobernador, creo que es un anciano al que nunca conseguimos capturar —explicó P-Mil Uno junto a su oreja.

—De modo que esta mujer va con un anciano, ¿eh? Estaba aquí esta noche, era el que hablaba, ¿verdad?

—Sí, mi señor. Era el que nos decía que Egon vendrá pronto.

—¿Egon? —Tshoniev «L» se rió fuertemente—. Egon es un mito, Egon no existe.

—Mi señor, todos creen lo que dice el viejo Barcley —manifestó la mujeruca.

—Quiero que me digas dónde se esconden.

—No lo sé, señor.

—Si lo dices, te aseguro una vejez tranquila en un buen lugar. No tendrás ni que cazar para comer.

—Mi señor, si lo supiera te lo diría. Te suplico que no me mates. Ya te he dicho que ella vive en los bosques, se llama Amaryllis.

—Conque Amaryllis, ¿eh? Vaya, aquí hay un misterio que deberá ser descifrado cuanto antes. —Se volvió hacia el jefe de policía y ordenó—: Márcala de rojo.

—Gracias, señor, gracias.

La vieja besó las botas de Tshoniev «L» y uno de los policías ejecutó la orden de pintarla de rojo.

—Si descubres dónde se esconden deberás comunicarlo prontamente.

—¿A quién, señor?

—Ya sabrás a quién, llegado el momento. Por ahora has salvado la vida, pero si antes de un mes no has dicho dónde se ocultan Amaryllis y ese viejo fanático, serás ejecutado y de forma muy desagradable.

—Mi señor, yo buscaré. Curo a los enfermos y si ellos lo saben, me dirán dónde se esconden Amaryllis y el anciano Barcley. Yo tengo poderes.

—Ya, ya te veo. Tú debes de ser una bruja curandera.

—Mi señor, soy una mujer que sabe mucho de plantas y de otras cosas que lo mismo curan que pueden...

—Quedó en suspenso.

—Matar, eso es lo que me figuro, vieja bruja. Ya sabes, tienes un mes de tiempo.

La mujeruca se alejó hacia el bosque corriendo.

P-Mil Uno miró a Tshoniev «L» y éste hizo un movimiento significativo con el pulgar hacia abajo, señalando a los ancianos que allí habían quedado.

P-Mil Uno dio una orden y se formó un pelotón de policías que apuntaron sus armas hacia el grupo de ancianos cautivos. Dio una orden y por los cañones de las armas brotaron los rayos mortíferos.

En breves instantes, los ancianos quedaron incinerados en su totalidad.

El grupo quedó inmerso en una resplandeciente llamarada. Sus carnes se quemaron y aparecieron sus esqueletos casi enteros antes de desmoronarse.

Cuando las llamas se apagaron, el lugar apestaba y en el suelo apenas quedaban restos humanos.

—Son unos bárbaros salvajes y hemos de ayudarles a mantener su ecología. —Cínicamente, Tshoniev agregó—: El área 12 debe de mantener perfectamente su equilibrio natural y la reproducción de estos bárbaros debe ser controlada. Los viejos no sirven para nada, sólo consumen proteínas y éstas son necesarias para los jóvenes. Ellos ya no pueden reproducirse y encima han adquirido experiencia de la vida que pueden transmitir a la juventud y eso es malo, muy malo. Aprenderían demasiado y eso no es conveniente. En fin, P-Mil Uno, vámonos. Aquí, por ahora, hemos terminado y tengo deseos de tomar posesión cuanto antes del área 1, mi nueva área de gobernación. Era preciso marcharse con una buena redada. Así mi sucesor no tendría tantas facilidades para hacer méritos y yo, de paso, proporcionaré a

todas las áreas los esclavos que necesiten. Últimamente, la lista de demanda no era muy grande, pero hay que tomar previsiones adecuadas. Hay tiempo para enviarlos a un campo de educación acelerada para los trabajos a que deban ser destinados.

—Será un placer acompañarle al área 1, Tshoniev «L», un placer —dijo P-Mil Uno—. Siempre he oído contar que en el área 1 está la quintaesencia de todas las civilizaciones.

—Pues pronto estaremos allí. Digamos adiós a los bosques, aunque dejaremos a alguien que vigile a esa vieja bruja. Me gustaría que el mérito de capturar a esa lilium que sorprendentemente ha aparecido en el área 12, donde jamás lilium alguno ha estado, fuera mío. Sí, me gustaría ser yo quien la capturara, aunque va ser difícil desde el área 1; no obstante, si buscas a uno o dos hombres de confianza, te lo tendré en cuenta. No vayas a creer que se trata de traicionar al nuevo gobernador del área 12, sólo que si yo he descubierto que aquí hay una lilium, quiero ser yo quien me la lleve.

—Escogeré a esos hombres, señor.

—Pues, en marcha, la nave espera. Pueden apagar los focos; aquí, por ahora, nada queda por hacer.

Los focos que iluminaban la explanada se apagaron. Los vehículos desaparecieron por caminos del bosque y la gran nave de carga, con los cautivos a bordo, se elevó en el cielo.

Los ojos de Chaiew la vieron alejarse con sus centelleantes luces desde un grupo de piedras donde había permanecido oculto, casi sin respirar para no ser descubierto, pues él hubiera sido uno de los que se habrían llevado en la nave de esclavos.

CAPÍTULO IV

En los campamentos de los bárbaros bosquimanos había sollozos de amargura y miedo, pero no desesperación, ya que lo ocurrido no era nuevo para ellos. Estaban acostumbrados a las capturas de los mejores hombres y mujeres y a la exterminación de la mayor parte de los ancianos.

Sólo dejaban a las mujeres en período de embarazo y a las menos aptas para trabajos, pero que sí se consideraban fértiles para la reproducción. También a los hombres poco capaces para el trabajo y sobre todo a los niños, para que se fueran criando en los bosques. En realidad, el área 12 era como una inmensa granja, pues no se podía salir de ella.

Chaiew sabía que podía convertirse en jefe de tribu; prácticamente ya lo era porque era joven y fuerte, pero de nada iba á servirle, pues en una próxima redada podía ser cazado y convertido en un esclavo más.

Pero, mientras, podía tomar a una docena de esposas y tener muchos hijos. Esto era lo que deseaban los hombres de Magot y así venía sucediendo a lo largo de los siglos en que el imperio de Magot había establecido la era de Genes Control, un control genético en el que no participaban los bárbaros destinados a ser esclavos.

En una asamblea del Supremo Consejo se había hablado de realizar también el control genético en los esclavos para que todos tuvieran las mismas cualidades, pero se había desestimado la moción.

Los bárbaros debían de ser siempre algo distinto, incluso entre ellos. De este modo, podían ser utilizados para las diversiones sádico sangrientas de los circos al uso.

Chaiew no pensaba en ser jefe de tribu; lo que quería era encontrar a Amaryllis, de la que se había enamorado, aunque en muchas ocasiones había temido que jamás llegara a ser suya.

No se había alejado excesivamente de las ruinas, donde quedaban restos de seres humanos, incinerados por los hombres del poderoso Magot, cuyo nombre, sólo pronunciarlo, hacía temblar a la inmensa mayoría de los bárbaros, pues los que eran esclavizados

jamás regresaban y se contaban historias horrendas de lo que a ellos les sucedía.

Cuando descubrió al alto y sansónico negro Josué, con su cabeza totalmente rapada y un espeso bigote que circundaba la boca por completo, sintió celos de él.

Tampoco Josué había sido esclavizado; siempre hacía sabido escapar a las redadas, lo mismo que Chaiew, y si continuaban así, los dos terminarían viejos como aquel grupo de ancianos, ya incapaces de correr lo suficiente para escapar y que eran exterminados sin piedad para que no comieran lo que debían de consumir los pequeños y tampoco transmitieran sus experiencias a los jóvenes.

¿Esa sería la vida y el fin de los dos, tanto de Josué como de Chaiew? Este último se decía que Josué siempre estaba cerca de Amaryllis. Ignoraba si la amaba también y si gozaba de su amor, aunque creía que no, pues de la muchacha se desprendía un halo virginal inconfundible.

Josué llevaba en una de sus manos una pequeña iguana que debía haber cazado para utilizarla como alimento. El reptil tenía la cabeza aplastada y seguramente habría caído bajo el impacto de una de aquellas piedras sacadas de algún río y con un peso muy similar entre ellas que Josué llevaba en una bolsa colgando de su cintura y que utilizaba con una precisión mortífera.

Chaiew era hombre de hacha y lanza, una lanza con junta de madera endurecida al fuego. Otros hombres preferían utilizar el arco y las flechas.

Siempre escondiéndose tras las piedras de las ruinas, siguió a Josué para ver hacia dónde se dirigía. Sabía que terminaría llevándole hasta Amaryllis, pero debía de actuar con precaución.

Si Josué lo consideraba un enemigo, habría lucha *y* aquel negro alto y fornido, de piel brillante, era de temer, lo mismo que Chaiew. Los propios policías de Magot habrían de tomar sus precauciones si querían acercarse a cualquiera de ellos.

Sólo empleando balas narcotizantes se les podría capturar, porque ninguno de los dos se sometería. Después, con el cinturón de esclavos, ya sería otra cosa, puesto que torturaba y sedaba al mismo tiempo a los que demostraban mayor rebeldía.

Josué movió una gran piedra y apareció el hueco de la galería subterránea de las ruinas.

A la luz del sol salieron Amaryllis y el anciano Noah Barcley, aquel loco que creía en un mito llamado Egon que algún día llegaría para salvarlos de la esclavitud a que estaban sometidos.

A la luz del sol, Amaryllis le pareció a Chaiew tan bella y misteriosa como a la luz de la luna.

Se les fue acercando y Josué le descubrió.

—¿Quién está ahí? ¡Sal! —ordenó tajante.

—No hagas tonterías —replicó Chaiew poniéndose en pie.

Los dos hombres se miraron rectamente. Fue Noah Barcley, aquella especie de profeta, el que rompió el silencio.

—¿Tú también escapaste, muchacho?

—Sí, y veo que vosotros también.

—Josué trae alimentos. Puedes quedarte a comer con nosotros, si a Josué no le molesta —propuso Amaryllis.

—No, no me molesta. Todos los bárbaros somos hermanos aunque no seamos iguales como esos hijos de perra que sirven al gran emperador Magot, al que no hemos visto jamás y al que tememos, porque para nosotros es el Mal.

—Gracias, Josué. Tú lo has dicho, somos hermanos, debemos permanecer unidos. Lo que yo cace, también será tuyo —repuso Chaiew acercándose ya sin temor de que Josué, por defender a la joven y al anciano, le lanzara una de aquellas letíferas piedras que cruzaban el aire con la velocidad de una bala y eran capaces de perforar escudos.

Chaiew saludó al viejo Noah ceremoniosamente. Mas, no perdía de vista a Amaryllis. A su belleza, sensualidad y atractivo, unía la cualidad de la ingenuidad. No era una mujer maliciosa, de mirada insinuante o insana, sino todo lo contrario.

Todo en ella era tan perfecto que Chaiew se daba cuenta de que no era natural. A sus ojos era como una diosa. Sentía deseos de extender su mano y tocarla y al mismo tiempo, temía hacerlo por si

acaso se desvanecía como si hubiera tratado de apresar una visión maravillosa que no dejaba de ser un sueño.

—Muchachos, no sé cuándo volverán esos siervos de Magot y por cuántas veces más convertirán a nuestro pueblo en esclavos, pero Egon vendrá. Está escrito en las piedras que han sobrevivido al tiempo.

—No hemos de confiar en una leyenda, sino armarnos bien y crear un ejército para enfrentarnos a los siervos de Magot —replicó Chaiew lleno de coraje.

—Imposible. No hay suficientes hombres fuertes como vosotros dos y, además, sólo disponemos de armas rudimentarias y muy primitivas. No se nos permite tener otras para poder cazar y procurarnos alimentos. Sólo que uno de nosotros robara un arma de ellos, sería detectado de inmediato, perseguido hasta los confines del área y allí exterminado, pues no tendría escapatoria alguna. Sin poder desarrollar una civilización del metal, jamás conseguiremos hacerles frente, jamás —puntualizó el anciano Barcley con energía.

De pronto escucharon un rumor.

—Debemos escondernos, son ellos que vuelven —exclamó Amaryllis asustada, temiendo ser capturada y convertida en una esclava más.

—No, aguardad —pidió el anciano Noah—. Después de una gran redada, ellos no suelen volver. Son como grandes bestias satisfechas después de un festín; tienen que digerirlo.

Sobrevolando las copas de los árboles apareció una extraña nave que jamás antes habían visto, una nave que les descubrió sobre las ruinas, a la entrada de la galería subterránea.

La nave se detuvo en el aire como si careciera de peso, como si la gravedad de la Tierra no la afectara. Emitía un ligero rumor.

—¡Hay que huir de aquí, nos convertirán en esclavos! —masculló Chaiew.

—No parece ser un siervo de Magot —objetó el anciano Noah.

—¿Me escucháis, habláis mi idioma? —preguntó una voz que brotó de aquella nave inmovilizada en el aire, no muy lejos de donde ellos se hallaban; sin embargo, no podían ver a quien estaba tras el

cristal parabrisas de la aeronave.

—Somos los bárbaros de los bosques. ¿Y tú quién eres? —interpeló el anciano que cogía a Amaryllis por una de sus manos.

—Soy Egon y vengo del pasado —dijo con claridad el hombre que gobernaba la aeronave, de dimensiones no muy grandes, pero que tenía líneas aerodinámicas y agresivas.

—¡Egon, es Egon! —casi balbució Barcley, transformando su rostro.

Lo que había esperado durante toda su vida, al fin se realizaba y le parecía un milagro.

—¡Si eres Egon, sálvanos, sálvanos de Magot, sálvanos del tirano! —le gritó Amaryllis.

La nave permaneció unos instantes quieta en el aire. Después, descendió suavemente hasta posarse sobre la explanada de granito y quedar detenida. Se abrió una portezuela lateral y apareció una escalera articulada que con sus peldaños llegó hasta el suelo.

Inmediatamente, por ella bajó un hombre que vestía casaca y pantalones azules, botas de media caña, cinturón con varios útiles y una. pistola colgando del mismo. Iba armado, asimismo, con un subfusil, similar al que utilizaban los hombres de Magot.

Cubría su cabeza con un casco amarillo en el que aparecía un águila bicéfala con las alas extendidas, de color rojo.

El hombre les escrutó a través de la mirilla del casco.

Los bárbaros se cubrían con simples pieles, pero a Egon, hombre y mortal como ellos, le impresionó la espléndida belleza de Amaryllis. La visión de una mujer era algo que para él se perdía en el pasado, algo en lo que no había pensado desde que surgiera de las profundidades abisales de los océanos.

Una mujer y de aquella belleza, fue algo que le estremeció, aunque no se le notó lo más mínimo.

—Soy Egon y vengo del pasado, tal como os he dicho. Comprendo que no sepáis quién soy ni a qué he venido.

—Sí lo sabemos, eres Egon y te esperábamos —dijo el anciano,

emocionado.

—¿Vienes tú solo? —preguntó Chaiew entre sarcástico y desafiante, apretando su lanza de la que se sentía orgulloso.

—¿Cómo sabéis de mí? Yo fui preparado hace siglos para reaparecer en el futuro y ayudar a la evolución lógica de la humanidad si ésta se hallaba en peligro.

—Lo está. Magot, el tirano Magot, nos somete —dijo Amaryllis, temblando de rabia e impotencia.

—Somos los bárbaros condenados a no evolucionar en la técnica, a vivir como bosquimanos para siempre. Luego, los mejores, los más jóvenes, son capturados periódicamente para ser convertidos en esclavos para lo que Magot y sus siervos decidan —explicó Josué.

—¿Quién es Magot? —preguntó Egon.

Los cuatro personajes se miraron entre sí. Fue el anciano, con su voz experimentada, el que habló :

—No lo sabemos, pero es nuestro tirano, el ser que nos somete.

—¿No lo habéis visto nunca?

A la pregunta de Egon respondió Amaryllis, que trataba de ver el rostro de Egon, que estaba tras el cristal del casco, y que era demasiado oscuro para distinguir con perfección los rasgos humanos que se escondían tras el mismo.

—Ninguno de nosotros ha visto a Magot, no sabemos quién es, sólo sabemos de él que es el supremo emperador de todo el planeta. Nosotros sólo somos seres destinados a reproducirnos para la esclavitud.

—Y los que obedecen a Magot, ¿quiénes son? —preguntó Egon.

Chaiew repuso:

—Sus siervos.

—Son idénticos entre sí —explicó Amaryllis—. Bueno, iguales los guardias; el gobernador es diferente, pero siempre igual.

—No entiendo —objetó Egon—. Tengo que poner en marcha todos los sistemas de computación de mi ordenadora.

Los bosquimanos se miraron entre sí, perplejos. Egon hablaba de cosas que ellos no comprendían.

El anciano trató de explicar:

—Ellos son iguales porque vivimos la era de Genes Control.

—¿Genes Control? ¿Quieren decir que la genética humana está controlada por alguien?

—Sí, por Magot —explicó el anciano—. Sus siervos salen de factorías genéticas; luego pasan a internados donde son preparados. Se dividen en grupos. Todos los guardias son iguales; todos los gobernadores son iguales entre sí y lo mismo ocurre entre las mujeres, el grupo de técnicos medios o los científicos.

—Entiendo. Viven en una era de control genético donde el ser humano es creado bajo unos intereses y condicionantes. El hombre no es libre.

—Sólo los bárbaros somos distintos entre nosotros, pero estamos totalmente sometidos. Yo fui esclavo y uno de los contados que consiguieron escapar. Muy pocos lo saben, pero yo estuve viviendo años como esclavo de los siervos de Magot. Sufrí allí grandes penalidades y vi el horror que no he querido contar a mis hermanos de los bosques —explicó Noah Barcley.

—¿Horror? —preguntó Chaiew, interesado.

—Sí, el horror con que somos tratados. Se nos explota despiadadamente en trabajos insalubres y cuando no podemos seguir adelante, se nos extermina y otros son dedicados a la diversión de sus circos, lo mismo que sucedió en épocas pretéritas y ya olvidadas.

—¿Y cómo sabéis lo que ocurrió en otras épocas, si vivís casi de forma prehistórica? —preguntó Egon.

—Tenemos una biblioteca de piedras aquí abajo —indicó Amaryllis.

—¿Una biblioteca de piedras que ha subsistido al paso del tiempo y a la destrucción de los hombres?

—Sí. Cuando Magot se apoderó del planeta ordenó destruir todos los libros y señales jeroglíficas que pudieran dar alguna culturización a los bárbaros que somos nosotros, pero no descubrieron

esta biblioteca pétrea que alguien dejó para la posteridad. Por ella he sabido que Egon vendría.

—Eso quiere decir que el equipo de científicos y filósofos que me preparó para esta extraña misión dejó constancia de su proyecto para que quienes quedaran lo supieran.

—Ven adentro, Egon, verás lo que aquí guardamos.

Egon dio un vistazo a su nave. Movió un resorte en uno de los microcontroles a distancia que llevaba en su cinturón y la nave se cerró por completo, escondiéndose la escalerilla articulada.

Bajó también una mirilla metálica que cubría el cristal parabrisas de rockglass, pues, aunque podía repeler cualquier impacto bélico, la pantalla metálica siempre le protegía mucho más.

—Vayamos adentro —dijo Egon, siguiendo al anciano.

Ya dentro de la galería, Noah Barcley buscó unos hachones para encenderlos. Egon le solucionó el problema encendiendo un potente haz de luz que dejó el interior de la galería bajo las ruinas como si estuviera iluminada por el mismísimo sol. Todos, excepto Egon, parpadearon, sorprendidos por la radiante luz.

—Josué, cierra la galería, no es bueno que nos sorprendan —pidió el viejo.

El negro obedeció y ayudado por Chaiew, cerró la galería.

Amaryllis trataba de escrutar el rostro de Egon, mas no lograba verlo con claridad por hallarse tras la mirilla del casco que le protegía la cabeza.

Siempre había visto a los hombres que no vestían pieles como enemigos, pero aquél era diferente. Aquél vestía de una forma muy aguerrida, pero iba en su ayuda. Era Egon, el ser del que tanto les hablara el anciano Barcley, único superviviente de una huida del mundo de Magot donde había sido esclavo, de ello hacía casi cuatro lustros.

Se internaron por la galería que resultó laberíntica, pero el anciano no se perdía en ella.

Se notaba que descendían y la temperatura se hacía uniforme.

Al fin, arribaron a una gran sala donde se amontonaban tablillas de piedra en las que se hallaban grabados muchos conocimientos dejados a la posteridad. Aquello constituía una biblioteca lítica gigante.

—Aquí tienes los conocimientos del pasado, Egon. Alguien los dejó para que no se perdieran y quizá les costó mucho grabarlo.

—Es posible —admitió Egon, tomando una de las tablillas de piedra y observándola de cerca.

Era una fórmula básica para obtener antibióticos. Todo estaba explicado con la máxima sencillez para que cualquier ser inteligente, sin conocer el idioma, pudiera descifrarlo, siempre que tuviera un IQ más o menos elevado.

—¿Hacer estos dibujos en la piedra es muy difícil? —preguntó Amaryllis.

—No, si se posee un rayo «Láser». Otra cosa es empleando un buril especial y mucho más difícil con herramientas rudimentarias, pero esto parece haber sido cincelado con «Láser».

—¿Qué es «Láser»? —preguntó Chaiew.

—Sería muy difícil explicarlo ahora. Aquí hay muchos conocimientos que son para toda la humanidad y que debéis adquirir para seguir adelante en la evolución científica, física y sociológica de nuestra humanidad.

Amaryllis objetó:

—No podemos ni podremos, Magot lo impide. Los bárbaros hemos de ser siempre como animales del bosque y los seleccionados son convertidos en esclavos.

—Amaryllis tiene razón. Si alguien trata de obtener algo de lo prohibido, sufre una muerte lenta. Magot lo condena severamente y sus guardias son muy sagaces, lo descubren todo en seguida.

Mientras hablaban, el viejo Noah Barcley había ido a por una tabla de piedra pesada, de casi dos pulgadas de grosor, redonda y con un diámetro de unas cuarenta pulgadas. El viejo casi no podía con ella.

—Egon, Egon, mira esto. Sólo nosotros lo conocíamos, aunque

no nos creían.

En la piedra aparecía el dibujo cincelado de un hombre armado que vestía casaca, pantalones ajustados, usaba un complicado cinturón y un casco en el que se podía ver claramente el águila bicéfala con las alas extendidas. Debajo, las letras «EGON».

—Diablos, me reprodujeron bastante bien.

—Es él, no cabe duda —admitió la muchacha.

—No le hemos visto la cara —objetó Chaiew, muy preocupado —. Puede que se esté burlando de nosotros y sólo sea un espía de Magot.

—No soy ningún espía, soy Egon —aclaró el recién llegado.

—Pues descúbrete y veremos tu rostro, que tras ese cristal oscuro que te protege apenas podemos ver —insistió Chaiew.

Amaryllis, también ansiosa por ver aquel rostro, observó :

—Si eres uno de ellos te reconoceremos en seguida. Todos tienen el rostro igual, y los rostros que nosotros no conocemos, sí los conoce Noah Barcley, nuestro patriarca.

—Está bien. Como creo que aquí bajo tierra nadie puede atacarme, pues mi vida es extraordinariamente valiosa, no en vano se hicieron grandes esfuerzos secretos, muchos de ellos todavía teorías no llevadas a la práctica, no puedo arriesgarme a que muriendo yo se pierda todo ese esfuerzo. Unos hombres, en el siglo XXI, confiaron en que yo podría solucionar un problema de invasión si lo había en los siglos venideros y así parece que ha sucedido. Existe un tirano desconocido llamado Magot que somete a la humanidad terrícola y yo debo luchar contra él. Mi vida nada importa, pero lo que yo represento importa tanto que usaré todos mis poderes bélicos para impedir ser destruido.

Dicho esto, se dispuso a quitarse el casco para que vieran su rostro y dejaran a un lado sus recelos.

CAPÍTULO V

Los cuatro pudieron ver el rostro de Egon.

Era el rostro franco y noble de un atleta, de un príncipe griego. Sus ojos eran azul claro y no había malicia, odio ni rencor en ellos, quizá sí obstinación y algo de frialdad.

Su mandíbula era fuerte, algo cuadrada y agresiva. Su frente amplia, muy despejada y el cabello cobre claro, rizado, un cabello que parecía suave como la seda y, sin embargo, tenía algo metálico como las pupilas.

Aquel rostro inspiraba honradez, fortaleza, amistad y decisión, comprensión e implacabilidad a la vez.

Todos admitieron que jamás habían visto un rostro semejante a aquél y, por tanto, no podía haber salido de las factorías Genes Control de Magot.

Era Egon, el ser que las tablas de piedra anunciaban que un día regresaría porque había sido destinado para el futuro, por si el futuro se encontraba con problemas que solventar.

Lo mismo que hasta el siglo XX los hombres pensaban siempre en un futuro cercano cuidando y enseñando a los hijos que podían tocar e instruir, al llegar al siglo XXI, el hombre había querido llegar más lejos. Había tratado de asegurar la continuidad de la especie terrícola para un futuro lejano y para ello había creado a Egon, partiendo de un hombre seleccionado entre millones de hombres.

Por primera vez en su vida, Amaryllis sintió una extraña sensación dentro de su cuerpo que le produjo calor y frío a un tiempo. Lo notó desde las plantas de sus pies hasta las raíces de sus sedosos y

largos cabellos que tanto atraían las miradas de los hombre.

Como las lenguas de fuego de una fogata a las mariposas nocturnas, se quemaba por dentro mirando a Egon. Nunca creyó que pudiera sentirse subyugada de pronto por la presencia de un hombre.

Por lo que había visto, siempre había creído que las mujeres gustaban a los hombres y éstas jamás tenían el poder de escoger, pues ellos cercaban a una mujer y cuando la ocasión era propicia, la hacían suya. Lo máximo que podía hacer la mujer era luchar ligeramente, porque al final no podía hacer más que someterse.

Así era el amor y luego venían los embarazos y los alumbramientos.

Entre los bárbaros, pocos sabían quiénes eran en realidad sus padres, pues la mayoría de éstos, antes de llegar a ver a los hijos que habían traído al mundo, eran capturados y conducidos a otras áreas para ser convertidos en esclavos.

Amaryllis, frente a Egon, se dio cuenta de que era diferente, que sentía deseos de acercársele, de que él le pusiera las manos encima y la acariciara

Sentía deseos de cerrar los ojos, como somnolienta, y dejar que sus labios fueran besados por los masculinos. Luego, ella misma buscaría ansiosa la boca del hombre cuando él tratara de dar por terminada la caricia.

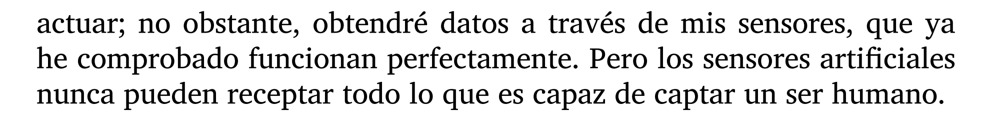
Deseaba estrechar su cuerpo contra el del hombre, sentía tantas cosas que se asustó de sí misma, pues era doncella y no conocía del amor más que lo que le habían contado o lo que en alguna ocasión había visto desde lejos, oculta entre el follaje de los bosques.

—Ahora debo volver a ponerme el casco, tengo unas normas que he de seguir. Mi cabeza no es menos vulnerable que la vuestra. Tampoco creo que el casco sea del todo indestructible, pero sí puede detener muchos ataques.

—Tengo que confesar una cosa ahora que tú has llegado y vas a exigirle a Magot nuestra libertad.

Todos miraron a Noah Barcley inquisitivos, nadie adivinaba cuál era el secreto que el anciano deseaba confesar.

—Tú deberás decirme muchas cosas antes de que yo pueda


actuar; no obstante, obtendré datos a través de mis sensores, que ya he comprobado funcionan perfectamente. Pero los sensores artificiales nunca pueden receptar todo lo que es capaz de captar un ser humano.

—Amaryllis, hija...

—Sí, padre.

—No soy tu padre —corrigió con gravedad—. Tú eres una lilium.

—¿Lilium? —repitió perpleja, sin comprender.

—Una lilium es una sierva de Magot. Eres igual a muchas otras salidas de una factoría de Genes Control. Eres la belleza calculada a la perfección y tu rostro y tu cuerpo han sido multiplicados en muchas ocasiones. Tú misma eres una copia de las otras.

El rostro de Amaryllis se puso blanco como la faz de la Luna. No podía dar crédito a aquella revelación. Ella no era una bárbara, era una sierva de Magot, una de aquellas criaturas horriblemente iguales, fruto de un control genético, como sacadas de una multicopista genética.

Era una sierva de Magot, el ser que sometía a la esclavitud a los bárbaros para reinar sobre ellos.

Josué y Chaiew la miraron de pronto con un atisbo de odio, pero Egon salió en su defensa.

—Ella pudo haber nacido en una de esas granjas humanas, pero, por lo visto, es de una especie muy seleccionada y ella no tiene culpa de haber sido engendrada de esa forma. La base de la mezcla de los espermatozoides y óvulos es la misma, aunque en el caso de ella se hayan controlado los genes para obtener un resultado programado. Nosotros poseemos unas determinadas características porque la Naturaleza se ha encargado de que seamos así; en el caso de Amaryllis, ha sido el poder y la ciencia, pero básicamente es como nosotros.

—Así es —ratificó el anciano Barcley—. Las lilium son las mujeres supremamente bellas. En realidad, siervas de Magot sólo hay dos especies, las lilium, que son la belleza, el goce, el placer y la sensualidad, y las afrodity, que son las que proporcionan los óvulos a las factorías de Genes Control para continuar la reproducción de los siervos de Magot. Amaryllis es una lilium. Cuando un reducido grupo

de cuatro esclavos que éramos considerados como caducos e inservibles estábamos anotados para ser exterminados, pues cuando un esclavo deja de ser útil se le elimina como a cualquier objeto, planeamos una fuga y a uno de ellos se le ocurrió llevar un rehén por si nos perseguían. Ese esclavo había servido en la factoría de Genes Control y secuestró a una niña lilium, casi un bebé. Nos la llevamos y conseguimos hacernos con una balsa. Arriesgadamente, navegando por los océanos. Mis compañeros fueron pereciendo, pero Amaryllis y yo nos salvamos y conseguimos regresar al área 12 donde vivimos los bárbaros y donde podríamos pasar desapercibidos. Los guardias de Magot jamás llegaron a suponer que lograríamos escapar con vida. Amaryllis ha sido criada como una bárbara bosquimana más y como ninguno de los bárbaros del área 12 ha visto jamás a una lilium, nadie ha sospechado que Amaryllis era una de ellos. Yo la he hecho pasar siempre por mi hija y he procurado que no fuera vista por ningún guardia de Magot, pero no sé si lo he conseguido.

Amaryllis semejó empequeñecerse. Sus rodillas desnudas se fueron doblando y quedó acuclillada, casi sentada en el suelo, aunque sin rozarlo con su piel.

Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar, silenciosa pero angustiosamente.

—Amaryllis, para mí siempre serás mi hija y en ningún momento he pretendido utilizarte. Te quiero como a una hija y para mí jamás serás una sierva de Magot porque soy de los que creen que la persona no es de quien nace, sino de quien la hace. Puede que muchos opinen de diferente forma que yo, pero éste es mi pensamiento, aunque, como es lógico, respeto el criterio de los demás.

—Si tú no te consideras una seguidora de ese Magot, no tienes por qué sollozar —le dijo Egon—. Este anciano te considera como a su hija.

—¿Y cómo puedo saber yo misma que en adelante no les traicionaré, si fui creada para los intereses del mundo en que impera Magot?

—Las lilium no son mujeres de pelea, Amaryllis —explicó el anciano—. Son mujeres para proporcionar felicidad.

—Mujeres de placer, mujeres objeto, ¿verdad?

—En el mundo de Magot, sí, pero tú no has sido educada en ese aspecto. Eres libre de mente, no has sido programada para esos fines

tan bajos y mezquinos. Tú eres libre y unida a un hombre sano, puedes ayudar a que la raza de los bárbaros no degenere

—Yo te acepto como á una mujer de los bosques —se apresuró a decir Josué, el vigoroso negro de cabeza totalmente rapada.

Chaiew, que en el fondo se sentía celoso, pues se daba cuenta de que la muchacha miraba a Egon de forma muy especial, dudó. Al fin, comprendiendo que iba a quedarse solo, pues Egon ya se había definido al respecto, dijo:

—Yo también.

—Amaryllis, si eres una de nosotros, ¿por qué sollozas ahora?

—No quiero sentirme sierva de Magot, quiero ser libre.

—Lo eres y hay que luchar para continuar siéndolo. Es posible que puedas ayudar a combatir a Magot si te pareces con exactitud a las otras mujeres de la especie lilium como ha dicho el anciano —dijo Egon.

—Sí, se parece. Si Amaryllis se mezclara con las otras lilium, no habría forma de distinguirlas, salvo que se buscara la numeración impresa en su piel y que las identifica. Las huellas dactilares son diferentes, pero no es fácil para cualquier persona, a simple vista, hacer la identificación.

Amaryllis alzó su rostro hacia el anciano al que creyera su padre y que había resultado ser su secuestrador y le preguntó:

—¿No estoy marcada y numerada?

—No, no lo estás.

—¿Y a las que son como yo, dónde las marcan? —inquirió de nuevo, temiendo una respuesta que la hiciera ruborizar.

—Sois tan bellas, tan perfectas, que por lo visto decidieron no estropearos la piel visible. —Todos quedaron en suspenso y el anciano prosiguió—: En las plantas de los pies llevan las lilium la clave matrícula que las identifica. Tú estás sin marcar, pues son numeradas cuando inician la pubertad y se considera que ya son útiles. Antes, no son más que animalitos sin personalidad alguna, pues todas son tratadas igual.

Amaryllis inclinó sus rodillas hacia adelante hasta apoyarlas en el suelo pétreo. Dejó las plantas de sus pies al descubierto; las observó con atención y sonrió ampliamente.

—No estoy marcada. Soy libre, una mujer de los bosques.

—Amaryllis —interpeló Egon—. Si yo te pido en algún momento que te mezcles entre los siervos de Magot para descubrir algo que nos interese para mejor poder atacarles, ¿lo harías en defensa de la libertad total de la humanidad?

—Sí, lo haría, aunque me costara la vida —contestó con una decisión que no dejaba lugar a dudas.

—Bien, pues comencemos la lucha.

—¿La lucha? —preguntó Chaiew, escéptico—. Nuestras armas son las piedras que lleva Josué o mi lanza.

—Yo tengo armas y puedo ayudaros mucho. Si conseguimos vencer a ese extraño Magot, luego, en una o dos generaciones y con todos los conocimientos que me fueron confiados en el ordenador, restableceríamos la civilización. Abandonaríais vuestro primitivismo actual, pero para que podáis ser libres y tengáis la lógica evolución social y científica, debemos luchar contra el tirano que os esclaviza y obliga a vivir en una prehistoria perenne.

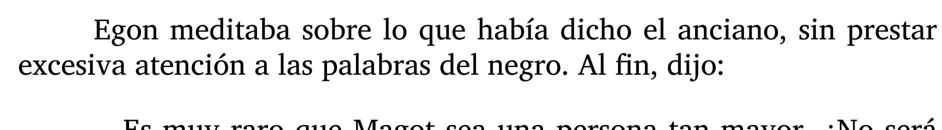
—Lucharemos. Yo conozco algunas cosas del imperio de Magot, en especial de la más selecta de sus áreas, la número 1 —manifestó el anciano.

—Yo lucharé hasta la muerte —dijo Chaiew—, pero no creo que podamos vencer a Magot y su imperio. Magot ha existido siempre, es indestructible, el anciano Barcley lo sabe.

—No ha podido existir siempre —puntualizó Egon—. Cuando yo estaba en el pasado, él no existía. —Miró al viejo Barcley y preguntó —: ¿Desde cuándo impera ese Magot?

—Lo ignoro. Por supuesto, desde mucho antes de que yo naciera. Es una especie de dios.

—Yo, con esto —dijo Josué, haciendo saltar en la palma de su mano una de aquellas piedras escogidas de las que llevaba un buen puñado en una bolsa atada a la cintura— soy capaz de derribar para siempre a uno de esos malditos siervos de Magot.



Egon meditaba sobre lo que había dicho el anciano, sin prestar excesiva atención a las palabras del negro. Al fin, dijo:

—Es muy raro que Magot sea una persona tan mayor. ¿No será que también es un ser que cuando va envejeciendo es suplantado por otra copia de sí mismo?

—No lo sé. Yo, a los personajes de más alto rango que he conocido ha sido a los Tshoniev.

—¿Tshoniev? —repitió Egon que lo ignoraba todo sobre aquella era del Genes Control contra la que tenía que luchar.

—Son los gobernadores de las áreas. Sólo hay doce y cada uno de ellos lleva el identificativo en un medallón de oro con unas letras hechas de esmeraldas.

—¿Y sólo hay doce?

—Así es. Después de ellos está Magot, al cual idolatran como a un dios. Jamás he oído contar nada sobre Magot, ni sé dónde se encuentra. Nadie lo sabe.

—En alguna parte estará, digo yo. En fin, ya lo averiguaremos. ¿Estáis dispuestos a luchar conmigo contra Magot?

—Si yo puedo servirte de guía, cuenta conmigo, Egon. Te hemos esperado durante generaciones y, al fin, has llegado. Las piedras que nos dejaron nuestros ancestros del siglo XXI no mintieron.

—Dejar mensajes grabados en piedras es algo que se ha hecho en varias ocasiones a lo largo de millares de milenios en la tierra. Si se dejan en un buen lugar, es el medio más seguro de dejar un mensaje que superviva a los milenios.

—Ellos tienen muchos guardias, todos iguales, y si se acaban traerán más. ¿Podremos contra ellos?

—Creo que el pueblo bárbaro debe pensar que tiene que rebelarse y los que son esclavos, así deberán saberlo —respondió Egon a Amaryllis—. En cuanto al poder que ellos tienen y al que yo poseo, es difícil de saber. Tengo que enfrentarme a ellos y averiguarlo. Quizá sucumba, pueden haber evolucionado mucho bélicamente, pero si no han tenido guerras, quizá se hayan contentado con armas más o menos convencionales. En fin, cuando luche con ellos, las computadoras que están a mi disposición harán el cálculo de mis

poderes y de los que ellos poseen.

—Saldremos a luchar —dijo Josué muy resuelto.

—Pues salgamos, y que esta biblioteca pétrea no se pierda por si son destruidas mis computadoras que con sus memorias fabulosas os arrancarán de la vida primitiva en que os halláis inmersos.

Salieron por la galería.

Al mover la piedra que cerraba la entrada, Josué se vio frente a uno de los guardias de Magot que iba armado. Este, a su vez, les descubrió a ellos.

Chaiew sostuvo la piedra y Josué lanzó el guijarro que machacó el rostro del guardia de Magot sin que éste hubiera llegado a disparar su arma.

—¡Están ahí, están ahí! —gritó Josué.

—Habrán detectado mi nave. Salgamos a verles —dijo Egon, resueltamente, poniéndose al frente del grupo y teniendo por delante un cadáver.

Egon pudo ver a no menos de ocho guardias de Magot, todos ellos iguales de vestimenta y rostro. La única diferencia entre ellos era la matrícula clasificatoria que llevaban en la guerrera y también marcada en la piel.

—Tirad las armas, soy Egon.

No le hicieron caso. Uno de ellos había muerto, pero consideraron que el intruso, del que no tenían referencias, no les podía hacer gran cosa.

Le dispararon con sus armas y Amaryllis se aterró al ver que Egon era alcanzado.

Quedó envuelto en una especie de llamarada que en vez de tornarse rojo-amarillenta como siempre ocurría al ser asesinado uno de los bárbaros, se volvió violeta y no tardó en desaparecer.

Egon comenzó a disparar una especie de rayos que salían como sarmientos de su subfusil, como auténticos rayos atmosféricos. No era el clásico rayo «Láser» rectilíneo.

Los rayos que lanzaba Egon parecían ramificarse y que no iban a

alcanzar su objetivo, más pronto fueron cayendo los guardias de Magot uno tras otro. Dos consiguieron escapar hacia un vehículo aéreo, pero Egon les siguió de cerca.

Cuando el vehículo se alzaba en el aire, éste sufrió una gran explosión y quedó envuelto en una vivísima llamarada que se elevó al cielo.

Quedó como un polvillo blanco que escocía los ojos, hacía estornudar y quemaba las fosas nasales mientras unos árboles se quemaban alrededor de los restos del vehículo aéreo de los guardias de Magot que allí habían quedado.

—¡Nunca habían recibido una lección como ésta esos malditos guardias de Magot! —gritó Chaiew sin dar crédito a lo que acababa de ver.

—Sabía que vendrías para salvarnos.

Ante las palabras del anciano Noah Barcley que se acercó apoyándose en su vara y teniendo siempre cerca a Amaryllis, Egon puntualizó:

—No les hemos vencido. Ellos pueden tener un ejército contra el que no se pueda luchar de forma convencional. No soy un dios ni un semidiós, sólo tengo unos cuantos poderes bélicos que me permitirán luchar contra ellos, eso es todo. Tendremos que emplear la astucia.

—Pero te han disparado y no has muerto. Hasta ahora nadie ha sobrevivido a un disparo de esa clase —objetó Amaryllis, sin poder disimular la admiración que sentía.

—El traje que llevo, desde el casco a las botas, está muy preparado para resistir desde impactos de balas a rayos «Láser». Es antitérmico y algunas cosas más que sería prolijo relatar, pero no es invulnerable a todo, por supuesto. Hay unos márgenes de resistencia, tanto al impacto como al calor y, por supuesto, a armas nuevas en las que los sabios del siglo del cual vengo no pudieron pensar porque entonces no existían.

—Hemos de proclamar por todos los bosques que tú, Egon, has llegado para liberarnos de la tiranía de Magot.

—Nos llevaría meses ir recorriendo los bosques dando la noticia —observó Chaiew.

—En mi nave podemos hacerlo con prontitud —dijo Egon—. Siempre que nos crean, claro.

—¿Desde el cielo podrán oírme mis hermanos los bárbaros de los bosques? —preguntó el anciano con viva emoción.

—Sí, tengo un buen equipo de megafonía. Iremos a velocidades reducidas y podrás ir hablando. Si nos acercamos a los poblados, nos oirán mejor. ¿Podrás indicarme dónde están los poblados?

—Sí, creo que podré indicártelo.

—Entonces no perdamos tiempo y subamos a mi nave, todos cabemos en ella.

—Si alzamos al pueblo de los bárbaros contra el imperio de Magot, nos matarán a todos —advirtió Chaiew.

Noah Barcley objetó:

—Ellos no harán un genocidio de nuestro pueblo porque nos necesitan como esclavos, así está programado de generaciones.

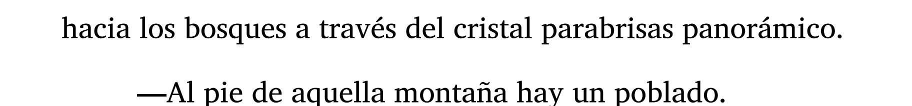
Actuando en uno de los telemandos que llevaba adosados a su cinturón, Egon abrió la nave que tenía una forma cónica, pero muy aguda, y unas pequeñas alas que se ocultaban cuando salían a la estratosfera.

Subieron a bordo por la escalerilla articulada que se escondía automáticamente en el fuselaje de la nave.

—Sólo hay un asiento para el piloto. Podéis viajar de pie y si os balanceáis, sentaos en el suelo. No pondré mucha velocidad, así no correréis ningún peligro. Tengo otra nave más grande que utilizaremos en otro momento y que sí tiene un buen número de butacas para trasladar personal de una parte a otra. Se pensó en esa posibilidad, pero esta nave en que nos hallamos ahora sólo es de combate y reconocimiento, no de transporte.

Josué y Chaiew observaban con mucha curiosidad todo lo que había dentro de la nave, especialmente el enorme panel de mandos donde había infinidad de controles.

La nave se elevó en vertical con suavidad. Cuando estuvo a unos trescientos pies de altura, comenzó a desplazarse sobre los bosques. A derecha e izquierda tenía a Noah Barcley y Amaryllis. Ambos miraban



hacia los bosques a través del cristal parabrisas panorámico.

—Al pie de aquella montaña hay un poblado.

—Pues, en pocos instantes estaremos allá.

—Qué prodigio, andando se tarda horas en llegar hasta ese poblado —comentó la muchacha, que era la primera vez que subía a una nave aérea.

—Ya estamos sobre ellos, nos pueden ver.

—Corren como conejos, se creen que somos guardias de Magot que estamos de caza de esclavos —observó Josué.

Egon miró al viejo Noah y dijo:

—Háblales ya. —Y movió una llave.

—¿De veras podrán oírme?

—Sí y con claridad, no temas. Tu voz se expandirá por encima de los bosques y llegará al último rincón Después daremos una vuelta en busca de otros poblados. Diles que no se sometan.

—¡Pueblos de los bárbaros, hombres y mujeres de los bosques, oídme y escuchadme bien, soy Noah Barcley! ¡Os hablo desde el cielo, desde la nave de Egon que, al fin, ha venido! Hemos de luchar contra Magot. Conseguimos escapar a la redada de la noche del plenilunio, pero muchos de nuestros hermanos, hombres y mujeres, jóvenes y fuertes, han sido capturados y les ha sido colocado el cinturón de esclavitud. Debemos luchar por recuperar su libertad. Hemos de hacer la guerra a los siervos de Magot y ha de ser una lucha sin tregua y hasta el fin. Sé que diréis que nuestras armas no valen nada frente a los guardias de Magot, pero Egon está con nosotros y nos dará armas.

—¿Nos creerán? —preguntó Amaryllis, ansiosa.

—Sí reconocen la voz de Barcley, es posible que sí —dijo Josué.

—Siempre hemos hablado de la venida de Egon, pero es difícil que alguien lo crea de verdad. Yo tengo que creerlo porque estoy aquí, toco esta nave, pero si me hallara abajo, pensaría que es una trampa de los guardias de Magot para que nos confiáramos —opinó Chaiew.

Súbitamente, comenzaron a encenderse unos intermitentes rojos

en el panel de mandos.

Egon dio a un conmutador y se encendió una pantalla circular con una serie de circunferencias marcadas en ella. Por varios puntos se acercaron unas luces diminutas hacia el centro.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Noah Barcley.

—Los hombres de Magot nos han descubierto y vienen varias naves, deberemos entrar en combate. Echaos todos al suelo, así no perderán el equilibrio y agárrense a donde puedan por si he de girar la nave en redondo.

Le obedecieron y a través de la pantalla de radar, Egon fue controlando las naves que se le acercaban tratando de cogerle entre varios fuegos.

Egon ignoraba las posibilidades bélicas de las naves enemigas y como estaba cercado por ellas, se dispuso a luchar. Si las posibilidades de las naves de Magot eran suficientes como para destruir su nave, no debía darles la oportunidad de que le alcanzaran de lleno.

El mundo en el que había despertado le era totalmente desconocido en cuanto a sus posibilidades técnicas y la computadora debía ir acumulando rápidamente datos que debería valorar y darle luego resultados.

En aquellos momentos, ya estaban calculadas las naves que se aproximaban. Sabía sus dimensiones, peso, velocidad y posibilidades de maniobra.

Puso la nave vertical y aumentó la velocidad como si se dispusiera a salir de la Tierra y su influencia.

Se transformó en una especie de eje alrededor del cual estaba la escuadrilla de las naves de Magot que se sorprendieron al observar en sus sensores respectivos que la nave extraña no parecía moverse en longitud; sin embargo, cada vez estaba más lejana.

Los cuatro pasajeros forzados que llevaba a bordo tuvieron que agarrarse como pudieron a las bases de los paneles de instrumentos que Egon llevaba a bordo; sin embargo, Egon no quería escapar de la Tierra y cuando hubo alcanzado los cuarenta mil pies de altura, invirtió la proa de su nave, comenzando a descender.

No tardó en divisar en su pantalla de televisión, con cámaras

telescópicas, a las naves enemigas. Se dijo que para que el pueblo bárbaro creyera en él tenía que ver caer a aquellas naves del tirano Magot. Tras situarlas en su área de tiro, comenzó el combate.

Las naves de Magot le dispararon, pero como sus sensores le advertían a la milésima del segundo, la nave de Egon efectuó extraños en el aire automáticamente, sin que ello fuera óbice para que los disparos que hacía sobre sus enemigos resultaran certeros.

Las naves de Magot fueron cayendo, envueltas en llamaradas, sobre la gran área de los bosques donde vivían los bárbaros que contemplaban aquel extraño fenómeno desconocido hasta entonces, pues nunca habían visto a las naves de Magot caer abatidas.

Una intentó escapar y Egon la siguió a prudencial distancia.

Josué, Chaiew, Noah Barcley y la mismísima Amaryllis, estaban como aturdidos de tantas sacudidas. Se habían golpeado en repetidas ocasiones, pero habituados a la dura vida de los bosques, no resultaron perjudicados.

Como la nave se desplazaba ahora horizontalmente, se pudieron sentar en el suelo.

Amaryllis preguntó:

—¿Ha terminado todo?

—No, estamos persiguiendo a una nave que huye.

—¿Y las otras? —interrogó Chaiew que no había podido ver nada, pues sus problemas había tenido para evitarse golpes al ser zarandeado de un lado a otro, agarrándose como un hombre-mono a los nervios metálicos del fuselaje de la nave.

Egon se había despreocupado totalmente de ellos; lo importante era combatir y no ser destruidos. Unos golpes más o menos se podrían curar después.

—Si no me equivoco, esa nave que huye nos llevará a su base.

—El centro de control del área 12 está en una isla en el mar, frente a los grandes bosques —explicó el anciano Barcley.

—¿Es muy grande?

—No lo sé, sólo la he visto desde lejos, jamás he estado en ella.

—Lo siento por los que estén allí. ¿Crees que habrá compañeros vuestros en esa base?

—No, ya estarán en otras áreas.

—Entonces, atacaré. Si les destruimos una base de control, será un golpe de efecto. Hay que provocar a Magot y luego desaparecer.

—¿Intentarás destruir al gobernador del área 12 y a sus ayudantes? —le interrogó el anciano.

—Sí. Siento tomar una medida tan drástica, pero creo que en este caso es inevitable, puesto que ellos os han sometido durante generaciones.

La nave que huía, inexperta en situaciones de combate, pues sus tripulantes jamás habían tenido que enfrentarse a un enemigo volante, ya que el pueblo de los bárbaros estaba sometido a un primitivismo riguroso, cayó en la trampa y les condujo en línea recta a su base.

Desde lejos, Egon controló la base en la isla. Pidió datos a la computadora y ésta se los dio por escrito en pantalla. Quienes viajaban con él en aquella experiencia tan fantástica para ellos no entendieron nada.

Egon movió unos diales y al final oprimió un botón rojo.

De la panza de la aeronave brotó un misil núcleo-térmico y pronto toda la isla de control, donde imperaba el gobernador del área 12, se convirtió en una masa ígnea.

A su alrededor, el océano hirvió y de no haber sido el cristal parabrisas especial, se habrían quemado los ojos de quienes viajaban con Egon, el cual, sin decir nada, lamentando aquella demostración de fuerza, pero que había sido de todo punto inevitable para que Magot tomara conciencia de que ya no estaba sólo en la Tierra para dominarla, prosiguió viaje sobre los océanos.

Una isla artificial les aguardaba para descansar y reflexionar sobre lo que debía hacerse en el futuro. Ahora ya tenía más datos acerca del mundo en que había despertado.

CAPÍTULO VI

La sala dodecagonal, presidida por la esfera iridiscente que se hallaba sobre la mesita circular, irradiaba tensión, una tensión que emanaba de las intermitencias de aquella esfera a través de la cual el gran Magot se comunicaba.

Nunca se dejaba ver y ni siquiera sabían sus siervos dónde se ubicaba aquella sala dodecagonal en la que aparecían a través de pantallas grandes tridimensionales, con un color exacto al real, pues incluso la súbita palidez de un rostro no pasaba desapercibida para los demás.

De pronto, se encendieron las pantallas y aparecieron los rostros de los Tshoniev, gobernadores de las respectivas áreas en las que el gran Magot dividiera la Tierra.

Mas, no había doce figuras sino once. Una de las pantallas permaneció a oscuras. Instintivamente, aquellos rostros exactamente iguales, aunque si se observaba con mucha atención no eran tan idénticos como pudiera parecer a simple vista, pues la diferencia de edad y los problemas a resolver por cada uno de ellos les marcaban de forma distinta, miraron hacia la pantalla vacía como tratando de curiosear a través de ventanas sin que se les notara demasiado la indiscreción.

—¿Qué es lo que está sucediendo? —interpeló de súbito la voz profunda de Magot, dirigiéndose a ellos.

Todos dejaron de mirar hacia la pantalla oscurecida y fijaron sus pupilas en la esfera iridiscente que irradiaba luz a intermitencias, como golpes de bombeo sanguíneo descompasado.

El que parecía observar con mayor atención era el que estaba en la pantalla correspondiente al área 1 y que llevaba el medallón de oro con la letra «L», el más duro y soberbio de los Tshoniev, el más ambicioso y también el más joven de todos ellos.

Sólo había hecho que llegar al área 12 y en poco tiempo, demostrando una inflexibilidad y una línea de conducta durísima, había pasado con un sorprendente salto al área 1, la más deseada por todos los Tshoniev.

Era el área selecta, el área del arte, de los tesoros, el área de la belleza.

Sin embargo, los esclavos notaban en ella con más intensidad su condición de oprimidos por los violentos contrastes y la forma en que eran tratados.

Los siervos de Magot, desde la infancia, eran instruidos y condicionados para carecer de piedad y compasión hacia los esclavos a los que había que tratar como a cualquier otro animal.

Si era útil, seguía adelante porque servía; si dejaba de serlo, era exterminado y si desobedecía, era castigado con los más refinados métodos previstos para tales fines.

—Oh, Magot, oh, gran señor, todos te tememos, todos te amamos, todos te adoramos. ¿Qué quieres de Tshoniev? —salmodiaron a coro los once Tshoniev, ofreciendo su sumisión total y absoluta al gran Magot que les había reunido allí, en el Supremo Consejo.

—¡Basta! —cortó Magot, gritando a través de la esfera con que se comunicaba. Los Tshoniev no le recordaban jamás con tanta irritación, pese a que en otras ocasiones se había mostrado más o menos molesto—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Los Tshoniev se miraron unos a otros. Fue Tshoniev «B» el que habló en primer lugar:

—Hemos tenido notificaciones, en diversas frecuencias de ondas y radiales, que Egon ha regresado del pasado para liberar a los bárbaros y... —se contuvo.

—¡Sigue! —ordenó la voz profunda, pero apremiante de Magot.

—Yo lo diré —intervino Tshoniev «L»—. Egon exige la rendición

incondicional de ti, Magot, y de todos los que te representamos.

—¡Egon es un mito, no existe! —negó rotunda la voz de Magot.

—Sí, existe —dijo Tshoniev «L».

Todos quedaron pendientes de lo que pudiera suceder. Tshoniev «L» se había atrevido a negar al mismísimo Magot; sin embargo, éste respondió bien, aunque con cautela felina, como dispuesto a saltar a la menor provocación:

—Sigue, pues.

—Egon destruyó la base del área 12. Tshoniev «A» se quedó allí cuando cambiamos de área tal como tú dispusiste, gran Magot. Egon no es un mito, es nuestro enemigo que viene del pasado y contra el cual no sólo debemos defendernos, sino luchar. Conozco bien a los bárbaros y sé que creen en él. Ellos, con sus armas rudimentarias, jamás habrían podido desarrollar una tecnología suficiente como para plantear combate a nuestras naves y mucho menos para abrasar totalmente la isla en que estaba la base del área 12, desde la cual se controlan los vastísimos bosques donde viven y se desarrollan los bárbaros que nos proveen de esclavos, esclavos que precisamos para nuestros sistemas de Genes Control.

—¿Estás seguro de que ellos no han podido desarrollarse de una forma oculta y soterrada? —interpeló Magot.

—Sí, seguro. Alguien ha tenido que venir a ayudarles y ese alguien no es otro que el que se hace llamar Egon. Ha sido visto en una nave voladora, una nave que iba propagando la voz de Noah Barcley, un viejo bárbaro que ejerce notable influencia sobre toda la población de los bosques. De momento sabemos que hay alguien que posee una nave aérea capaz de derribar las nuestras convencionales en un combate en cielo abierto y que desde esa nave soliviantan al pueblo bárbaro de los bosques para que se enfrenten a nosotros y nos hagan la guerra si pretendemos someterlos. Esa nave, sin duda alguna tiene gran poder. De otra forma no habría incinerado toda una isla como si de una erupción volcánica, brutal y violentísima, se tratara, sin dejar escapar a nadie, pues hasta los fondos marinos que rodean la isla estaban quemados. No hay vida alrededor de la isla ni bajo las aguas. ¿Podemos pensar, después de esta demostración de fuerza, que Egon es un mito?

Se produjo un intenso silencio, nadie quiso hablar. Dejaron que lo hiciera Magot, que pensaba por todos.

—Aceptando la hipótesis de que existe un ser que posee una máquina voladora de guerra y que se hace llamar Egon, sólo es un hombre, un hombre solo. ¿Cómo puede tratar de dominarnos a nosotros, a mí, a Magot, que controlo el planeta desde muchas generaciones?

—Hay que plantearle la guerra, gran Magot. En el área 12 se emplearon naves de combate convencionales, las naves que atacan a los bárbaros. En realidad, son naves pobres. Como hemos carecido de enemigos potenciales hasta ahora, nuestra tecnología bélica no ha evolucionado como debiera.

—¿Pretendes decir que he cometido un error táctico en mi sistema de Genes Control? —preguntó Magot, desafiante.

Los otros diez Tshoniev permanecieron mudos, preguntándose cómo iba a acabar aquel debate dialéctico entre su compañero Tshoniev «L» y el mismísimo Magot.

—No, gran Magot, sólo digo que poseemos científicos muy cualificados que pueden desarrollar nuevas técnicas bélicas para enfrentarnos cuanto antes a ese Egon cuya fuerza desconocemos. Hay que tener en cuenta que él viene de un pasado muy guerrero, de una civilización tecnológica que se desarrolló al amparo de la guerra, aunque parezca absurdo. Sus inventos se hacían para ser utilizados bélicamente, pero después se fueron abaratando y masificando hasta convertirse en algo ordinario en sus hogares ya desaparecidos, desechados por nuestro sistema Genes Control. Ellos vivían en guerras constantes y hay que pensar que ese Egon viene del pasado armado hasta los dientes.

—Es posible que sea cierto que los hombres de la era tecnológica, que ellos llamaron contemporánea, prepararan a un guerrero como ese Egon para enviarlo al futuro. ¿Acaso proveyeron nuestro sistema para combatirlo?

A la pregunta de Magot, respondió Tshoniev «L» que se había erigido en líder de los restantes Tshoniev.

—Parece que intuyeron algo y la aparición de ese guerrero es una realidad. Los bárbaros no han podido evolucionar, cualquier metal habría sido detectado de inmediato y sabido es que para que una civilización se desarrolle bélicamente tiene que trabajar el metal. Los bárbaros continúan en la edad de piedra en que nuestro sistema los sumió para convertirlos en eternos seres primitivos.

—¿Puede tratarse de un extraterrestre? —preguntó Tshoniev «C».

—Nuestros sistemas lo habrían detectado —objetó Magot—. Tenemos antenas radioscópicas encaradas hacia el cielo por si alguna vez se presentan extraterrestres. Lo que no entiendo es dónde estaba escondido ese Egon durante siglos.

—La Tierra tiene mil agujeros donde puede esconderse un ser humano con todo su equipo —respondió Tshoniev «L»—. Lo cierto es que ha llegado y hay que combatirlo y aniquilarlo. De este modo, ya vencido, los bárbaros jamás pensarán que Egon vendrá a liberarles de su esclavitud y se someterán, sumisos, a nuestro sistema Genes Control.

—Está bien. Si tenemos un enemigo, lo combatiremos. Que todos los profesionales comiencen a elaborar armas poderosas para aplastar a ese Egon cuando vuelva a aparecer. Sería ridículo que un mosquito como él tratara de desmoronar un sistema como el nuestro que, en volumen, a su lado sería un mastodonte.

—No podrá con nosotros, gran Magot, no podrá si nuestro sistema decide aplastarlo. Además, podemos dar una represalia a los bárbaros en su área 12; pero sin exterminarlos a todos, por supuesto, para que el maldito Egon se sienta responsable de esas muertes y los bárbaros teman su presencia, pensando en nuestras posibles represalias.

—Está bien, Tshoniev «L». Tú pareces el más agresivo de mis Tshoniev y te encargarás de llevar todo el sistema de alarma, caza y captura de Egon. Espero noticias en breve plazo y que ese mosquito dure poco tiempo. Egon no puede ser un problema para mí. Si no desaparece en un plazo breve, tomaré medidas severas y cambiaré todos los mandos. Si hace falta, crearé una nueva especie de guerreros.

—Por el momento no será necesario, mi señor. Con los guardias que tenemos y que son decenas de millares, habrá suficiente. Ese Egon no llegará lejos, sólo ha tenido suerte de cogernos por sorpresa. Lo que hay que hacer es controlarlo en cuanto aparezca y luego no perderlo de vista. El resto será fácil.

—Sí, Tshoniev «L», tienes mucha razón. Que todos los senadores que hay en el planeta busquen a esa nave desconocida en que viaja Egon. Después de todo, un desafío, un reto, tiene su parte divertida, así nuestro sistema no se anquilosará. Sí, será divertido… Es bueno

poner a prueba nuestros sistemas de alarma y hasta me gustaría que Egon fuera capturado vivo. Sería un espécimen muy especial. Lo podríamos convertir en diversión primero y luego, metido en un frasco con formol, lo conservaríamos como muestra de la estupidez y soberbia de la era tecnológica. Mirándolo bien, siempre nos podremos sonreír, percatándonos de nuestra superioridad. —Hizo una pausa y añadió—: Este consejo ha terminado.

Se apagaron las pantallas y quedó la esfera encendida, irradiando con intermitencia su luz iridiscente.

Tshoniev «L» salió de la cámara en que se introducía para participar en el gran consejo a través del cual recibían las órdenes directas del amo del sistema, Magot.

Tshoniev «L» salía preocupado. Pasó a su despacho y allí comenzó a dictar instrucciones, cambiando los canales de comunicación según a quienes iban dirigidas sus órdenes.

Él era el gobernador del área 1, la más importante y selecta de las áreas.

Esperaba atrapar a Egon, al que había convertido en un asunto personal como hiciera el propio Magot.

Dentro de él, aleteó un deseo secreto de poder y pensó en Magot. Él era el amo supremo durante generaciones y nadie lo había visto. Sintió la necesidad de conocerle e incluso se asustó de sí mismo al pensar, por un momento, en la posibilidad de desbancarlo y quedar él como supremo señor del sistema Genes Control, lo cual sería la meta más alta que Tshoniev alguno pudiera alcanzar jamás.

Temiendo que el propio Magot leyera su pensamiento, sacudió la cabeza y abandonó su despacho. Pasó a la sala de recepciones, donde le aguardaba una sorpresa agradable.

—Codilia —exclamó al descubrir a la vieja bruja bárbara entre dos fornidos y altos guardias.

—Mi amo, mi amo, he visto a Egon. Te suplico caridad para mi persona.

—Levanta la cabeza del suelo, vieja bruja de los bosques. Con que permanezcas de rodillas delante de mí es suficiente.

Codilia alzó la cabeza y miró a Tshoniev «L» que, a su vez, la

observaba interrogante.

—Mi amo, Egon está con el viejo Barcley, Josué el negro, el amarillo Chaiew y la lilium.

—¿La lilium también? —se sorprendió.

Volvió la cabeza hacia su trono de gobernador, que estaba encima de una tarima. A derecha e izquierda del mismo tenía sendas lilium vestidas con gasas transparentes y que le sonreían en todo momento.

Eran rabiosamente bellas y sensuales, pero idénticas. ¿Sería la lilium de los bosques igual a las dos que le hacían la vida grata a él?

—¿Es igual a esas dos?

—Sí, mi señor, pero ella viste con pieles y es como más viva, más salvaje.

Tshoniev «L» mostró ligeramente sus dientes. Le pareció interesante que hubiera una lilium más agresiva y salvaje, más parecida a él.

—¿Y dices que están todos juntos?

—Sí, mi amo. Se metieron en una nave voladora y subieron por encima de los árboles. Atacaron a vuestras naves y las convirtieron en bolas de fuego. Egon es muy poderoso.

—Bah, no es para tanto —replicó Tshoniev «L»—. Atacó por sorpresa, pero dime, ¿cómo es Egon?

—Muy parecido a vuestros guardias, quizá más alto. Lleva armas como vosotros y la cabeza cubierta.

—¿Con un casco como éste? —se tocó el casco púrpura que protegía su cráneo.

—No, es más grande y le protege también la cara. El casco es amarillo y lleva un águila de dos cabezas y de color rojo.

—Ya, un águila bicéfala, será su escudo. Egon, Egon...

Dio la espalda a la vieja Codilia, que seguía de rodillas en la amplia sala, y fue hasta su trono, donde se sentó. Las dos soberbias, sensuales y atractivas lilium, se le acercaron y le pasaron las yemas de

sus dedos por el rostro y las manos, acariciándolo.

—Quiero capturar vivo a ese Egon. Bruja, serás llevada de nuevo a los bosques y si tienes más noticias, te apresurarás a comunicarlas a mis hombres. Si no lo haces así, haré que corten cada día un pedacito de tu persona para dar de comer a los peces de nuestros acuarios.

—Sí, mi amo, os diré todo lo que sepa.

—Bien, ahora fuera, fuera.

Los dos guardias cogieron a la bruja Codilia por los brazos y la sacaron casi a rastras de la gran sala en la que entraron unas danzarinas bárbaras evolucionando para divertir y complacer a Tshoniev.

Eran las más escogidas, las más esbeltas y todas ellas llevaban el cinturón de esclavas.

Tshoniev, de vez en cuando, se divertía haciendo rodar por el suelo marmóreo a alguna de las jóvenes, gimiendo de dolor, mientras las otras seguían bailando, temerosas de sufrir también aquellos castigos que retorcían los nervios, tendones y músculos dentro de sus cuerpos.

Tshoniev «L» era sádico y le agradaba tener constantes pruebas de su poder sobre los demás.

De pronto, una de las bailarinas sufrió un violento espasmo e incapaz de resistir tanto dolor dentro de su cuerpo, quedó quieta. Nadie se atrevió a tocarla.

Tshoniev «L» chasqueó sus dedos y de un ángulo de la sala se levantó un gran guepardo que casi perezosamente avanzó hacia la joven muerta.

Al llegar junto a ella, pasó su hocico por el cuerpo femenino. Abrió sus mandíbulas y las cerró alrededor del cuello de la muchacha, llevándosela para sí. Su amo se la había dado.

CAPÍTULO VII

Chaiew y Josué quedaron atónitos recorriendo las entrañas de aquella isla artificial nacida en el océano junto a otras islas, islotes y simples peñascos que emergían de las aguas en forma agresiva, no muy lejos de fas profundas fosas abisales donde permaneciera sumergido Egon, esperando al futuro por si debía de intervenir en nombre de la Historia.

—¿Qué piensas ahora, que Egon es sólo un tipo del que debemos desconfiar? —preguntó Josué

—Bueno, tiene una extraña cueva que en algo debe parecerse a los palacios que el viejo Barcley cuenta que Magot posee en otras áreas, pero está él solo.

—Él solo, no, estamos nosotros también.

—¿Nosotros, con nuestras armas de piedra cuando él puede matar más lejos de donde alcanza la vista? —preguntó Chaiew, sarcástico.

—Vamos a verle.

Treparon por escaleras y recorrieron largos pasillos antes de llegar al puente de mando de la extraña nave flotante con forma de

huevo y que, exteriormente, semejaba una isla. Era preciso desembarcar en ella y tocarla para constatar que era artificial.

En el puente de mando, Egon se hallaba frente a un papel luminoso y tecleando en una máquina.

Noah Barcley, asombrado ante tantos pilotos que parpadeaban en azul, rojo *y* verde, bendecía el momento que estaba viviendo. La Historia había venido en ayuda de la humanidad, sometida por un extraño ser llamado Magot que resistía el paso del tiempo y que semejaba inmortal.

Amaryllis estaba sentada frente a una pantalla que le proporcionaba vistas de la Tierra. No acababa de comprender lo que veía; era más fantástico que estar soñando.

—Espero que no toquéis nada que no debáis —advirtió Egon, mirando a los recién llegados.

—No hemos tocado nada, sólo hemos estado mirando —respondió Josué.

Chaiew se molestó algo.

—¿Es que sólo pueden tocar ellos? —inquirió, señalando a Amaryllis y al viejo Barcley.

—No se trata de que nadie toque nada, es que todo está muy controlado. He puesto en reactivación seis satélites artificiales que se hallaban en órbita fija y, por suerte, al paso de los siglos, están perfectamente y con los paneles solares en buen estado, por lo que funcionan sin dificultad.

—Oye, ¿qué jerga es ésa? —preguntó Chaiew—. No entiendo nada.

En el propio sillón de mando, Egon giró encarándose con Chaiew. Todos le miraron para oír su explicación.

—Un satélite natural es la Luna, pero en el cielo, mucho más cerca, hay otros satélites como lunitas pequeñas, que enviamos los hombres arriba. Unos controlan las tormentas en la tierra; otros son de comunicación, otros de observación, espías y otros de guerra. En fin, de muchas clases.

—¿Y quién los puso en el cielo? —preguntó Amaryllis.

—Por lo que sé, varios millares de ellos los pusieron los hombres del siglo XXI. Lo que ignoro es si han puesto más los que nos han sucedido, podría averiguarlo, pero de momento lo que importa es que no han sido destruidos por una guerra en el espacio u otras manipulaciones. Dejaron de funcionar y yo he conseguido reactivar seis, ya es un éxito. Mi ordenador está confeccionando un mapa perfecto del estado actual de la superficie de la Tierra. Ya sé que todo esto suena a jerga, pero es imprescindible. Esto, unido a las explicaciones que me dé el viejo Barcley, nos ayudará a averiguar dónde está el área 1, que al parecer es la más importante.

—Y cuando hayas averiguado dónde está el área 1, ¿qué? —interpeló Chaiew, desafiante.

—Iremos a visitarla. No quiero que en un combate abierto mueran bárbaros, sino esos seres que someten a un pueblo libre, esos seres que son artificiales, de factoría.

Vio que Amaryllis ponía unas gotas de tristeza en sus ojos verdosos y carraspeó,

—Bueno, son artificiales de nacimiento y educación. No he venido para matar, sino a defender. Si consigo que ese maldito Magot claudique y deje al pueblo de los bosques en libertad para que evolucione y se desarrolle con todos los datos que yo les proporcione, se firmará una paz.

—¿Una paz con esos hijos sin madre? —preguntó ahora Josué, evidenciando su odio hacia el mundo de los siervos de Magot.

—Si esa paz no es posible, habrá guerra. No hay nada más aborrecible que una guerra, pero si es inevitable no la rehuiremos. Lo que hay que hacer ahora es ponernos en contacto con algún hombre importante de Magot o con el propio Magot. Podría intentar comunicarme por radio, pero si descubren mi posición es posible que como respuesta me envíen pesadas naves de combate que hundirían este habitáculo flotante en el que nos hallamos. No puedo arriesgarme a eso.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Iremos al área 1 sin dejarnos ver. Hemos de cogerles por sorpresa y evitar una guerra por todos los medios posibles. Mi misión no es matar, sino procurar que la historia siga su curso, pero todos somos vulnerables y mortales.

—Magot es inmortal —manifestó Chaiew—. ¡Tiene muchos poderes extraños, poderes de dioses. Ellos son más fuertes, son muchos más que hormigas en un hormiguero gigante.

—La sorpresa será nuestra aliada. En cuanto a Magot, si nació en un momento dado, también tiene que morir. Todo lo que nace, muere, más tarde o más temprano de lo que se deduce que Magot no puede ser inmortal. Sólo hay que descubrir quién es y hacerle frente. Ya tiene noticias de un golpe de fuerza por mi parte.

—Yo creo en Egon.

—¿Por qué, venerable anciano? —le preguntó Chaiew, mordaz.

—Porque es Egon, lo profetizaron las piedras y éstas no han fallado. Lo habéis visto y constatado su poder.

—Lo que sucede es que crees en él porque si Egon muere ya no hay quien nos salve.

—Yo creo que llegaríais a salvaros vosotros mismos, aunque os costara generaciones —manifestó Egon—. Es cierto que vivís en una edad de piedra, pero no sois prehistóricos. Tenéis mucho de heredado. Vuestras manos y dedos no son torpes y eso es importante. Vuestros cerebros están preparados para asimilar con rapidez, sois cerebros evolucionados para una civilización avanzada. Por vuestras vestimentas, forma de vida y las armas que empleáis, parecéis seres primitivos, pero no lo sois.

—Creí que después de estar aquí habrían desaparecido vuestros recelos —recriminó el viejo Noah Barcley.

Josué se apresuró a decir:

—Yo creo en tus poderes, Egon.

—Mis poderes son los que me proporcionó la Historia, los científicos de mi tiempo. Os demostraré que no debéis temer tanto a ese Magot ni a sus soldados o guardias, como quiera que les llaméis.

—¿Cómo nos lo demostrarás? —preguntó Chaiew.

—Os proporcionaré armas, podréis barrerlos cuando queráis.

Minutos más tarde, estaba en la superficie de la isla. Egon llevaba varias armas consigo.

—Josué, toma este subfusil así —le dijo, poniéndolo en sus manos.

—Yo tengo bastante con mis piedras —objetó el negro.

—Tus piedras son muy contundentes y silenciosas, pero esto será más útil para luchar contra los hombres de Magot.

Egon se acercó a una roca. Movió una de sus piedras y apareció una abertura. Movió la piedra en otra dirección y se escuchó un disparo. Sobre el océano cayó una figura humana que quedó flotando vertical sobre el agua.

—No se hunde —observó el viejo Barcley.

—Es un muñeco de plástico, pensado para que flote de esa forma. Es para entrenar a alguien si hace falta. Josué, dispárale.

—Primero le lanzaré una de mis piedras.

Así lo hizo y el guijarro peinó la cabeza del muñeco, que se movió al compás de las olas.

—Ahora prueba con el arma que te he dado.

Josué jaló el gatillo y aguantó firme, pese a que tuvo miedo de los rayos que brotaron del cañón del arma. De inmediato, el muñeco se inflamó sobre las aguas.

Chaiew se acercó a Egon y tendió sus manos significativamente.

—Yo también quiero una.

Egon se la entregó, aunque no estaba muy seguro de las reacciones de Chaiew ni lo que se podía derivar de ellas.

Chaiew disparó, desahogando su satisfacción al destruir otro de los muñecos que servían de blanco.

Chaiew arrojó lejos su lanza, aunque conservó su hacha de sílex por si perdía el subfusil o en un momento dado éste dejaba de funcionar.

Egon se acercó al viejo Barcley y éste negó con la cabeza.

—Yo no quiero armas. Te cuidaré y daré mi vida por la libertad y desarrollo de nuestro pueblo, pero no quiero armas. Soy demasiado

viejo y jamás he luchado con armas.

—Te comprendo.

Tomando un cinturón del que colgaba una pistola, Egon se acercó a Amaryllis.

Esta quedó quieta y dejó que el hombre le colocara el cinturón alrededor del cuerpo, ajustándoselo y haciendo que la pistola colgara sobre su muslo.

A la mujer le gustó notar las manos seguras de Egon sobre su cuerpo, pero no dijo nada ni observó que él desarrollara presión alguna que no fuera la necesaria. Interiormente, se desilusionó.

Egon era mortal, él lo había dicho. Era un hombre joven, fuerte y atractivo, pero parecía insensible, aunque no se lo había parecido así en un principio, cuando se la quedó mirando a través del casco que no quería quitarse.

No le había visto los ojos, pero estaba segura de que la había observado de una forma muy especial, su instinto de hembra se lo decía. Mas luego, al dejar al descubierto el viejo Barcley su condición de lilium... Ella no era una mujer nacida en los bosques, sino en una factoría de Magot.

—¿Puedes probar la pistola? —le preguntó Egon, arrancándola de su ensimismamiento.

—¿Probar?

—Sí, contra uno de los muñecos.

Amaryllis asintió.

Egon lanzó un muñeco al agua y todos se quedaron mirando a la joven que tomó el arma tal como Egon le fue indicando, muy cerca de ella.

Amaryllis hizo dos disparos, fallando, pero al tercero acertó. El muñeco se inflamó, desapareciendo en las aguas.

—Se trata de que no te pongas nerviosa. Esta pistola es de menor alcance que las armas que ellos llevan, pero te servirá para defenderte.

Aquella misma noche, partieron a bordo de la nave de Egon, a

cuyo suelo, en los espacios libres, atornillaron butacas para llevar a sus pasajeros.

Gracias a los informes de Noah Barcley y a todos los datos proporcionados por los satélites reactivados, Egon mantuvo un rumbo, casi pegado sobre el océano, pues estaba seguro de que los sistemas de detección de Magot estarían funcionando para localizarle.

Cuando se hallaba a unas mil millas de la isla que constituía el área 1, Egon se sumergió a poca profundidad. La nave podía navegar bajo la superficie del océano; sin embargo, su velocidad se redujo a mil millas hora, ya que la resistencia que ofrecía el agua distaba mucho de ser la del aire.

—Estamos llegando a la isla que es el área 1. Acercaré la nave hasta la playa; veré si hay algún lugar para dejarla escondida y que podamos saltar a tierra.

Egon fue buscando con sus sensores, controlando toda la costa y sus recovecos. Al fin, introdujo la nave entre unas rocas, sin rozarla siquiera, y la detuvo.

—¿No nos atraparán? —preguntó Chaiew.

—Tenemos armas para defendemos —dijo Josué, mostrando su subfusil.

—No nos separaremos demasiado. Os proporcionaré unos comunicadores como los que habéis probado en mi habitáculo flotante. Vosotros pasaréis por esclavos.

—Pero no llevamos los cinturones de esclavos —recordó Josué.

—Tendréis que disimular lo que podáis y Amaryllis pasará por una lilium. De ella no sospecharán si conseguimos algún vestido propio de una lilium, ya que las pieles que ahora lleva llamarían la atención. Si sois atacados, tendréis que defenderos a muerte, pero no hay que matar por matar por múltiples razones, entre ellas porque es una forma de ponernos en evidencia. Cuanto más tarde nos descubran, mucho mejor. ¿Comprendido?

Todos asintieron y Egon continuó hablando. No sabía con qué podían toparse, pero debía llegar al palacio de Tshoniev y Noah Barcley hurgaba en su memoria para encontrar los recuerdos de su tiempo como esclavo en el área 1.

Abandonaron la nave sigilosamente, que quedó semi-sumergida y entre rocas, no visible a simple vista. Egon la cerró manipulando en su cinturón con telemandos. Después, subieron por un acantilado no muy abrupto.

Noah Barcley llegó a la alto, jadeante.

Al fin, quedaron sobre una carretera de asfalto que a Egon le recordó la era de la cual venía. La carretera descendía hacia la ciudad y caminaron en fila india por ella, pues no parecía circular nadie.

De pronto, divisaron la ciudad, inmersa en el claroscuro de la amanecida.

Egon tuvo que parpadear para creer lo que estaba viendo, algo que jamás pudo sospechar llegara a ocurrir.

—Ahí está el área 1 —dijo Noah Barcley, recordando su pasado.

—Sí, y me parece imposible creer lo que hay ante mis ojos.

—Qué extraño es todo esto —musitó Amaryllis que jamás había visto una ciudad.

CAPÍTULO VIII

Egon, que venía de la era tecnológica donde cada cosa había estado en su lugar como algo propio y lógico, y que si algunas cosas habían sido desarraigadas y trasladadas a otras partes había sido

como fruto de una mentalidad excéntrica y millonaria en dólares, ansiosa de dar a conocer su poder a los demás, pues comprar era ser poderoso y exhibir lo adquirido era demostrar que se era poderoso, no había llegado a imaginar jamás lo que estaba viendo, algo que para sus compañeros podía ser fantástico, pero normal; sin embargo, a él le resultaba más que chocante, absurdo.

Frente a él tenía una ciudad compuesta de los más artísticos edificios. Monumentos y obras gigantes por su volumen y forma estaban allí. Notre-Dame de París, el Atomium de Bruselas, la estatua de la Libertad sin las aguas del estuario del Hudson en derredor; el Partenón de Atenas, la torre Eiffel, la pirámide de Keops...

Cientos de magníficas obras de arte o espectaculares, colocadas una junto a otra, no ofrecían como cabía esperar una visión maravillosa, sino todo lo contrario.

Era un abigarramiento de obras de arte monumentales que perdían su belleza simplemente porque estaban arrancadas de su normal emplazamiento, el lugar donde debían de estar y ser contempladas, donde conjugaban con un entorno que les era propio y las realzaba.

Allí, apenas podía verse la estatua de la Libertad, metida entre el Partenón y el Atomium. Era como un enorme almacén guardamuebles donde todo estaba apretujado y donde ningún mueble podía admirarse plenamente.

Sólo cabía pensar que aquellas obras de milenios estaban allí para ser preservadas de algún posible peligro destructor, porque por otra cosa resultaba absurdo y grotesco.

Egon hubiera deseado poder preguntar a alguien por qué estaban aquellos monumentos metidos en la isla. Si se esperaba un cataclismo telúrico, era mejor tenerlo todo distribuido por distintos lugares de la Tierra; de este modo, si se perdía una obra, no se perdían todas. Mas, quienes le rodeaban no podían aclarar sus dudas, porque ellos no comprendían todo aquello

Miró los subfusiles de Josué y Chaiew; con aquellas armas podían hacer un agujero en una pared o derribar una gárgola, mas no destruir una de aquellas obras monumentales e históricas salvo que se emperraran en ello. Se tranquilizó. No tenía que advertirles nada, no tenía que pedirles que respetasen aquellas obras que eran la historia hecha piedra.

Sólo él tenía poder, con su nave de combate, para destruirlas con cohetes termonucleares como hiciera con la base del área 12, pero en la ciudad no emplearía nunca una de aquellas terribles armas destructivas. No podía, pero al propio tiempo, no debía permitir que sus enemigos sospecharan sus razones, porque entonces el lugar de los monumentos se convertiría en su mejor refugio. No, él no se lo diría a nadie.

Escucharon un rumor y salieron de la carretera.

Egon vio pasar a una patrulla de policías de Magot en un lujoso y amplio automóvil. Comprendió que los científicos de aquel sistema no habían tratado de evolucionar demasiado.

Les había parecido bien el patrón automóvil y no habían pasado a otros medios más evolutivos. Tenían naves aéreas, pero no las utilizaban para desplazarse por tierra.

Egon pensó que el sistema Genes Control se había estancado en algunos aspectos tecnológicos, pero podían estar mucho más avanzados en otros aspectos y él ignoraba cuáles eran éstos.

Llegaron a los primeros edificios y se protegieron pegándose a los muros.

Apareció un policía vigilante por una esquina y descubrió a Noah Barcley que se había rezagado.

—¿Adónde vas, esclavo? —le interpeló.

—¿Yo?

—Sí, es muy raro que estés aquí,, eres muy viejo. ¿Y tu cinturón de esclavo?

Noah Barcley vaciló, tragó saliva e intentó explicarse.

—Es un favor especial del gobernador, como soy viejo…

Tras uno de los muros, Josué metió la mano en su bolsa de piedras. Sacando una de ellas, hizo bascular su diestra. Volteó luego el brazo y disparó el guijarro.

Se escuchó un golpe sordo, casi un chasquido mezclado con él, y el policía de Magot se derrumbó con el casco abollado. Dentro de él, el cráneo se había partido.

Egon indicó a Chaiew y Josué:

—Metedlo tras las columnas del Partenón.

—¿El qué? —preguntó Chaiew perplejo.

Egon señaló la edificación que ellos desconocían tuviera nombre propio. El Partenón estaba medio encerrado entre el paralelepípedo de las Naciones Unidas y una catedral gótica, sin escalinatas que lo realzaran.

Allí encajonada, la obra griega perdía todo su esplendor, sabor e incluso sentido histórico.

El cuerpo sin vida del policía de Magot desapareció entre las columnas. Sería difícil que le descubrieran.

—¿Dónde está el palacio principal?

—En la gran plaza.

En la gran plaza se alzaba el Arco del Triunfo de París.

El palacio del gobernador resultó una edificación oriental y frente a él, al otro lado del Arco del Triunfo, estaba el British National Bank.

Avanzaba la mañana y habían ido apareciendo los habitantes de la insólita ciudad atestada de monumentos históricos. Esclavos, policías, profesionales, técnicos del mundo de Magot y algunas lilium, aunque escasas.

Amaryllis permanecía un tanto escondida, pues sus ropas de bárbara no eran las más apropiadas para una lilium.

Egon se acercó a una lilium de frente. Ella se lo quedó mirando. Le sonrió sensual, provocativa y preguntó:

—¿Quién eres, perteneces a una especie nueva? No sabía que la factoría hubiera creado un nuevo modelo de hombre. Hace tanto tiempo que todos son iguales.

—Ven y te lo explicaré.

Ella se dejó coger por la mano, ignorante de quién era Egon.

Egon la introdujo en el pórtico de la catedral gótica y la empujó

con su cuerpo contra una de las paredes. Ella le pidió:

—Quítate el casco, quiero ver tu rostro. Creo que eres joven, tienes músculos fuertes, hombros anchos, tú no eres como Tshoniev.

Egon elevó un pequeño artilugio que aplicó sobre el cráneo de la lilium, por encima de su oreja. Al poco, ésta se derrumbó entre sus brazos.

Afuera, medio ocultos para no ser descubiertos, aguardaban los demás.

Amaryllis estaba intrigada. Al fin, vio regresar a Egon con los vestidos de lilium en la mano, hechos un fardo.

—Ponte esto —le dijo— así no te reconocerán.

—En seguida —respondió ella, imaginando que la lilium debería haber quedado desnuda por algún rincón. Intrigada, preguntó a Egon —: ¿La has matado?

—No, sólo dormirá unas horas, eso es todo. Ahora tú y el anciano Barcley iréis al palacio del gobernador. Tú, Barcley, irás como sirviéndola a ella. Os meteréis dentro y a través del emisor que os he dado, me iréis dando mensajes.

Amaryllis apareció al poco, cubierta con la túnica que usaban las lilium para trasladarse fuera de los palacios y que las protegía del frío y de las miradas lujuriosas de esclavos y policías.

—Cuando encontremos a Tshoniev, le diremos que quieres hablar con él.

—Sí, eso tenéis que decirle. Quiero una entrevista con Magot, parlamentaremos.

—¿Y si se niega? —preguntó Chaiew, vigilante a derecha e izquierda por si eran sorprendidos cuando ya tenían el palacio del gobernador a la vista.

—Entonces, habrá lucha.

—Amaryllis correrá peligro —advirtió Josué.

—No, si le dice a Tshoniev que en caso de no salir del palacio en breves minutos, lo reduciré todo a cenizas. No creo que él quiera morir ahí dentro. Necesito una entrevista con Magot. Vosotros no le

diréis dónde estoy, sólo transmitiréis por los pequeños emisores que lleváis con vosotros. Magot deberá ponerse en contacto conmigo a través del emisor y así fijaremos la cita.

—Y hasta que no salgamos de palacio, ¿dónde aguardaréis?

—Aquí, en el British National Bank. Este edificio parece bastante seguro y vacío en su interior. Esto es una ciudad espectral —dijo Egon.

Josué cogió las manos de Amaryllis y le deseó:

—Suerte.

—Te esperamos —le dijo Chaiew.

Noah Barcley sonrió a todos diciendo:

—Volveremos.

Amaryllis se quedó mirando a Egon. Esperaba que éste le dijera algo, que se quitara el casco, que le sonriera, que hiciera algún gesto... Sentía la necesidad de una comunicación íntima con Egon, lo amaba. Nunca había pensado que ella podría enamorarse de aquella forma.

—Estaremos esperando —dijo simplemente Egon, el hombre que la Historia les había enviado para que ésta no se interrumpiera.

—Sí, claro —aceptó la joven decepcionada.

Se dijo que lilium las habría a docenas, quizá a cientos, todas iguales a ella excepto en la matriculación de las plantas de sus pies. Amaryllis tenía la piel totalmente virgen; era la única lilium adulta sin marcar.

—Veamos, Amaryllis, hemos de encontrar a Tshoniev.

Lo que la joven no supo en aquellos momentos era que Egon también se había enamorado de ella, pero nada podía decirle.

Estaban a un paso de la muerte, cualquiera de ellos podía morir en los siguientes momentos. Eran momentos de tensión, lucha, riesgo y también valor, pues hacía falta valor para introducirse en el palacio de Tshoniev, haciéndose pasar por una lilium con su esclavo.

Tendría que pasar frente a los policías de Magot y les haría falta mucho aplomo para que no les cortaran el paso.

En cuanto a él mismo, Egon tenía una responsabilidad con la Historia que dejaba en un segundo plano sus sentimientos particulares. El, tal como se especificaba en el proyecto que había tomado su nombre, no podía quitarse el casco. Era correr un riesgo y él no debía mostrar en ningún momento a un posible enemigo, su talón de Aquiles.

—Chaiew, tú quédate aquí cerca de la puerta de este edificio. Josué y yo, mientras ellos se internan en el palacio, miraremos dentro de este Banco.

—Bien, esperaré aquí afuera. Si entra alguien lo barreré con esto. —Mostró el subfusil, del que ya se sentía muy orgulloso.

Josué siguió a Egon al interior del British National Bank.

—Esta gente ha traído muchos edificios importantes a esta ciudad que al parecer considera muy segura. Aquí han apiñado todo lo que han creído que es interesante conservar.

Josué, observando las fantasmales dependencias de un Banco vacío, en cuyas paredes colgaban muchos cuadros de distintas firmas y estilos que seguramente habrían de edificios que no habían interesado, opinó:

—No entiendo nada, esto es tan diferente a los bosques.

—Mira, Josué, este lugar es muy seguro, quizá el más seguro de toda la ciudad. Si yo tuviera que esconder algo, lo metería dentro de la caja fuerte de este Banco, a no ser que sólo hayan trasladado los muros del edificio, dejando en Inglaterra lo más importante de un Banco: su caja fuerte.

—¿Caja fuerte?

—Sí, el lugar donde se mete lo que se quiere conservar sin que los demás lo roben. Ven conmigo.

Josué siguió a Egon por el interior de las dependencias bancarias hasta encontrar una escalera descendente. En un sótano se encontraron con la brillante puerta de una enorme y sólida caja fuerte.

—Veo que se han traído la gran caja fuerte, pero no tal como estaba en su estado original. En Inglaterra se hallaba a mayor profundidad y se llegaba a ella a través de un ascensor. La han

colocado aquí para no profundizar más en la tierra, lo malo es que sin conocer la clave de esta puerta y careciendo de las llaves, es imposible abrirla.

—¿Hay que abrir esta puerta?

—Sí, Josué, quiero ver lo que guardan dentro.

—¿Y tirándole fuego con esto? —El negro tocó su subfusil.

—Esa puerta es muy gruesa, tardaríamos mucho. En realidad, de una caja fuerte de esta clase, lo más importante es su puerta. El resto es una pared más o menos gruesa de cemento armado y revestido de planchas de acero. Es diferente de una pequeña caja fuerte y basándonos en que no han querido ahondar más, quizá no se han traído más que la puerta... Ven, tengo una idea.

—¿Adónde?

Subió por la escalera tras observar atentamente por donde se movía. Ya en un despacho del piso superior, Egon golpeó el suelo con su bota y dijo:

—La caja fuerte debe estar aquí. Será interesante ver lo que ocultan dentro de ella. Quizá me lleve una decepción y sólo tengan una caja fuerte vacía, pronto lo averiguaremos. Dispararemos a este punto... Pon el dial de tu arma de esta forma, será un disparo altamente térmico.

Josué no entendía nada, pero imitó a Egon. Poco después, dispararon sendos chorros de infrarrojos de alta potencia térmica. El suelo comenzó a fundirse, despidiendo un humo que hacía toser a Josué, pero continuaba disparando.

—Esperemos que este humo y el mal olor a quemado no salgan del despacho —dijo Egon, quedando satisfecho al comprobar que la ventana daba a otro edificio que casi no dejaba entrar la luz.

Al fin, se abrió un agujero en el suelo, cayendo unos cascotes hacia abajo.

—Veremos si hemos acertado eligiendo el punto...

Se asomaron al orificio y Egon quede desconcertado a la vista de una sala dodecagonal, sin salida visible. Tenía una mesita circular en su centro, encima de la cual había una esfera que irradiaba

iridiscencia.

—¿Qué será esto? —preguntó Josué.

—Algo muy importante para Magot, puesto que lo tiene dentro de la caja fuerte. Voy a bajar. Luego, me ayudarás a salir. No está muy hondo y con que me eches una mano, llegaré abajo. Tú eres un hombre fuerte y podrás ayudarme a salir.

—¿No será peligroso bajar ahí?

—No lo sé, pero esta sala parece importante para ellos. —Saltó abajo, quedando frente a la esfera iridiscente en el momento en que se encendían las paredes.

Egon comprobó que las paredes de cristal no eran más que pantallas.

Vio once rostros idénticos y una de las pantallas permaneció apagada. Aquellos rostros tan iguales desconcertaron a Egon breves instantes, pese a saber que en el mundo de Magot, los seres humanos eran fabricados en serie, exactamente iguales, según para lo que se les destinaba desde su concepción.

—¡Sois todos unos torpes! —rugió de pronto una voz profunda que parecía brotar de la esfera—. Egon ha conseguido encontrar este lugar sagrado para todos. Miradle bien, ya tenemos a Egon, al mítico Egon que nos envía el pasado para aniquilar nuestra era Genes Control.

Egon, observado por aquellos once rostros, se encaró con la esfera.

—Podemos parlamentar. Exijo la liberación de los esclavos y el desarrollo del mundo de los bárbaros, que ya no serán sometidos a un primitivismo forzado, casi reducido a la condición de animales.

—No parlamentaremos, Egon. Tú eres mi enemigo, el enemigo de mi sistema de Genes Control. Quieres una anarquía en este planeta, pretendes que los bárbaros se desarrollen y tú los ayudarías con tus ingenios, pero no será así.

—Entonces, habrá guerra. He venido del pasado con más poderes de los que supones, Magot, porque tú eres Magot.

—Sí, yo soy Magot.

—No llego a ver claro que Magot sea una esfera que irradia luz y que lo domine todo desde aquí.

Magot se rió profundamente, con extraños ecos.

—Tú me has encontrado, indudablemente eres muy listo, Egon. Mis gobernadores no saben todavía dónde estás porque llegan aquí a través de pantallas, pero yo se lo voy a decir ahora y te cazarán. No eres tan invulnerable como pretendes.

Egon, comprendiendo el peligro que corría, giró sobre sus talones, barriendo las pantallas con sus rayos. Las hizo saltar en pedazos y todo se llenó de un polvillo blancuzco.

Los gobernadores desaparecieron y Egon se enfrentó entonces a la esfera.

—Ya no puedes revelar a los tuyos donde estamos, Magot. La verdad, me estás decepcionando, controlas un mundo estúpido e ingenuo. Puedes someter a los bárbaros porque tú tienes todas las armas y ellos carecen de ellas, pero no eres tan listo. Te has anquilosado en tu poder, seguro de ti mismo, pero ha llegado la Historia conmigo y el hombre nunca ha sido tan estúpido. Dime, ¿quién eres en realidad?

—¿Yo? —Se echó a reír de nuevo—. Nunca podrás conmigo. Has destruido unas pantallas de comunicación, las utilizaba para ponerme en contacto con mis gobernadores, pero eso no es nada, sólo un pequeño percance. Yo le haré saber a Tshoniev «L», que ése sí es astuto, que tú estás aquí, muy cerca de él.

—Tú no le dirás nada, Magot.

Egon jaló el gatillo, disparando su arma contra la esfera iridiscente que saltó en pedazos, explotando. De no estar Egon bien protegido, habría resultado muerto, pues se vio lanzado hacia atrás por la onda expansiva.

—¿Estás bien, Egon? —inquirió Josué desde lo alto, tratando de ver entre el humo que inundaba la estancia dodecagonal.

Egon pudo ver al fin lo que quedaba de la esfera y se sintió decepcionado, aunque no frustrado totalmente.

No podía ser tan ingenuo y esperar encontrar otra cosa que la que estaba viendo. Era cierto que Magot se había anquilosado en su

poder, acostumbrado a someter a un enemigo que se había convertido en ingenuo, pero desde un principio, Magot había sido muy desconfiado y receloso, por eso había lomado todas las medidas precautorias, incluso para que sus hombres más allegados no le descubrieran.

La ambición de alguno de ellos podía transformarle en su enemigo. Aunque físicamente fuera igual a todos los de su clase que salían de las factorías de Genes Control, las conciencias y el alma de cada uno de aquellos seres eran distintas y escapaban al poder de Magot.

CAPÍTULO IX

Tshoniev «L», preocupado y decepcionado, abandonó la cabina a través de la cual participaba en los Supremos Consejos presididos por Magot, el creador y amo del sistema Genes Control.

Había visto a Egon, sabía cómo era, un guerrero nato que se había enfrentado a ellos, llegando adonde él ni otro Tshoniev habían sabido llegar.

Había destruido la sala de los supremos consejos, aunque Tshoniev «L» estaba seguro de que Magot se pondría en contacto con ellos de alguna otra forma.

Lo que ignoraba era lo ocurrido dentro de la sala, después de cortarse las comunicaciones y ver como Egon disparaba contra las

pantallas, aniquilando sus imágenes. Estaba en tensión, a la espera de nuevos sucesos.

Anduvo hacia la sala de recepciones cuando divisó a una lilium que caminaba recta hacia él.

Se la quedó mirando con fijeza y al detenerse la joven frente a él, Tshoniev «L» estiró sus manos y le arrancó materialmente la túnica al tiempo que gruñía:

—Dentro del palacio no me gusta que mis lilium...

Se detuvo al ver, asombrado, qué clase de vestido llevaba debajo la lilium, incluyendo el cinturón con la pistola colgando junto a su muslo.

—¿Qué significa esto? —rugió.

Noah Barcley observaba la escena a prudencial distancia.

—Soy Amaryllis y vengo de los bosques del área 12.

—¿Cómo?

—Estoy aquí porque Egon quiere hablar contigo.

—¿Egon, dónde está Egon? —preguntó apremiante.

—No puedo decírtelo. El quiere parlamentar contigo, es decir, quiere pactar con Magot. Si no recibe pronta respuesta, destruirá este palacio con nosotros dentro.

—¿Contigo también? —preguntó Tshoniev sarcástico, tratando de saber hasta dónde llegaba la influencia de Amaryllis.

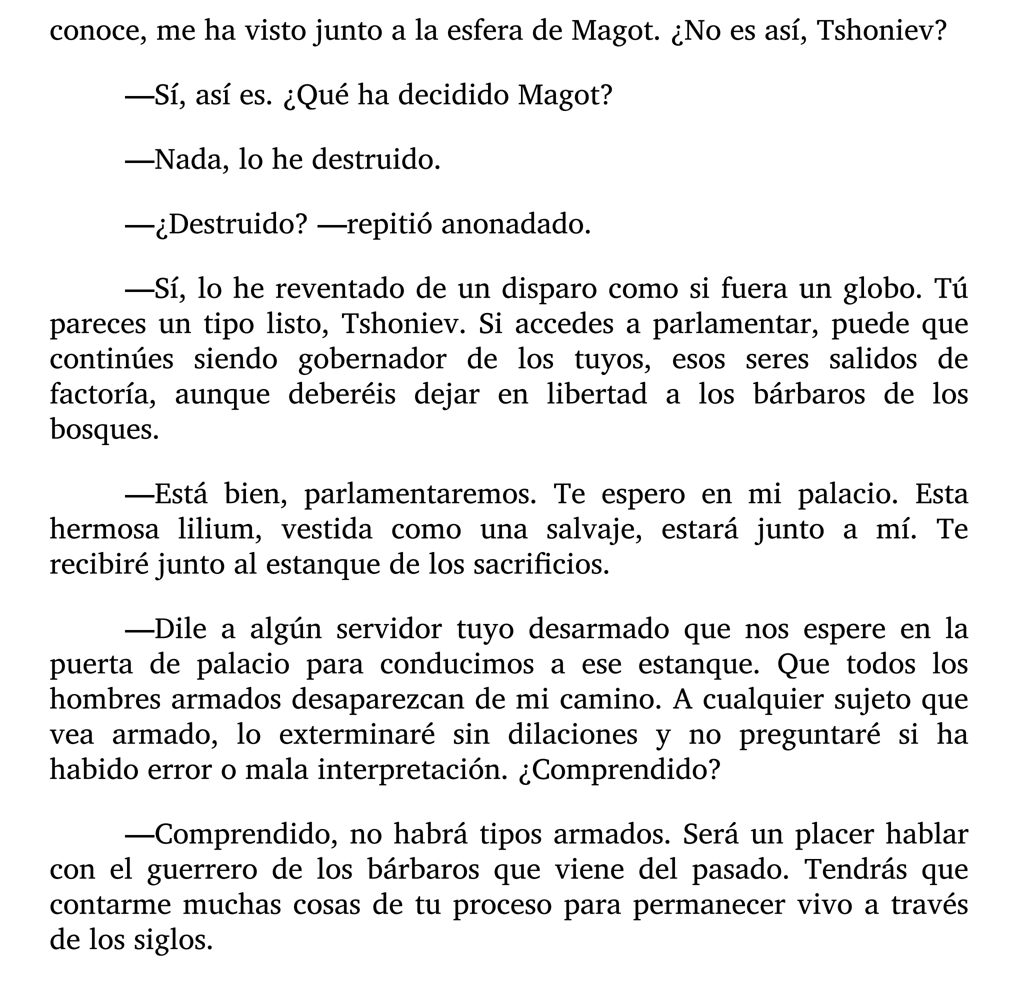
—Sí —dijo ella armándose de valor—. Total, soy una lilium también.

—Sí, una lilium criada en los bosques. Vamos, dile a Egon que acepto parlamentar.

De su atuendo de pieles, la muchacha sacó el transmisor y habló por él.

—Egon, soy Amaryllis, responde.

—Egon te responde. He oído hablar a Tshoniev. El ya me



conoce, me ha visto junto a la esfera de Magot. ¿No es así, Tshoniev?

—Sí, así es. ¿Qué ha decidido Magot?

—Nada, lo he destruido.

—¿Destruido? —repitió anonadado.

—Sí, lo he reventado de un disparo como si fuera un globo. Tú pareces un tipo listo, Tshoniev. Si accedes a parlamentar, puede que continúes siendo gobernador de los tuyos, esos seres salidos de factoría, aunque deberéis dejar en libertad a los bárbaros de los bosques.

—Está bien, parlamentaremos. Te espero en mi palacio. Esta hermosa lilium, vestida como una salvaje, estará junto a mí. Te recibiré junto al estanque de los sacrificios.

—Dile a algún servidor tuyo desarmado que nos espere en la puerta de palacio para conducimos a ese estanque. Que todos los hombres armados desaparezcan de mi camino. A cualquier sujeto que vea armado, lo exterminaré sin dilaciones y no preguntaré si ha habido error o mala interpretación. ¿Comprendido?

—Comprendido, no habrá tipos armados. Será un placer hablar con el guerrero de los bárbaros que viene del pasado. Tendrás que contarme muchas cosas de tu proceso para permanecer vivo a través de los siglos.

Egon ya no respondió.

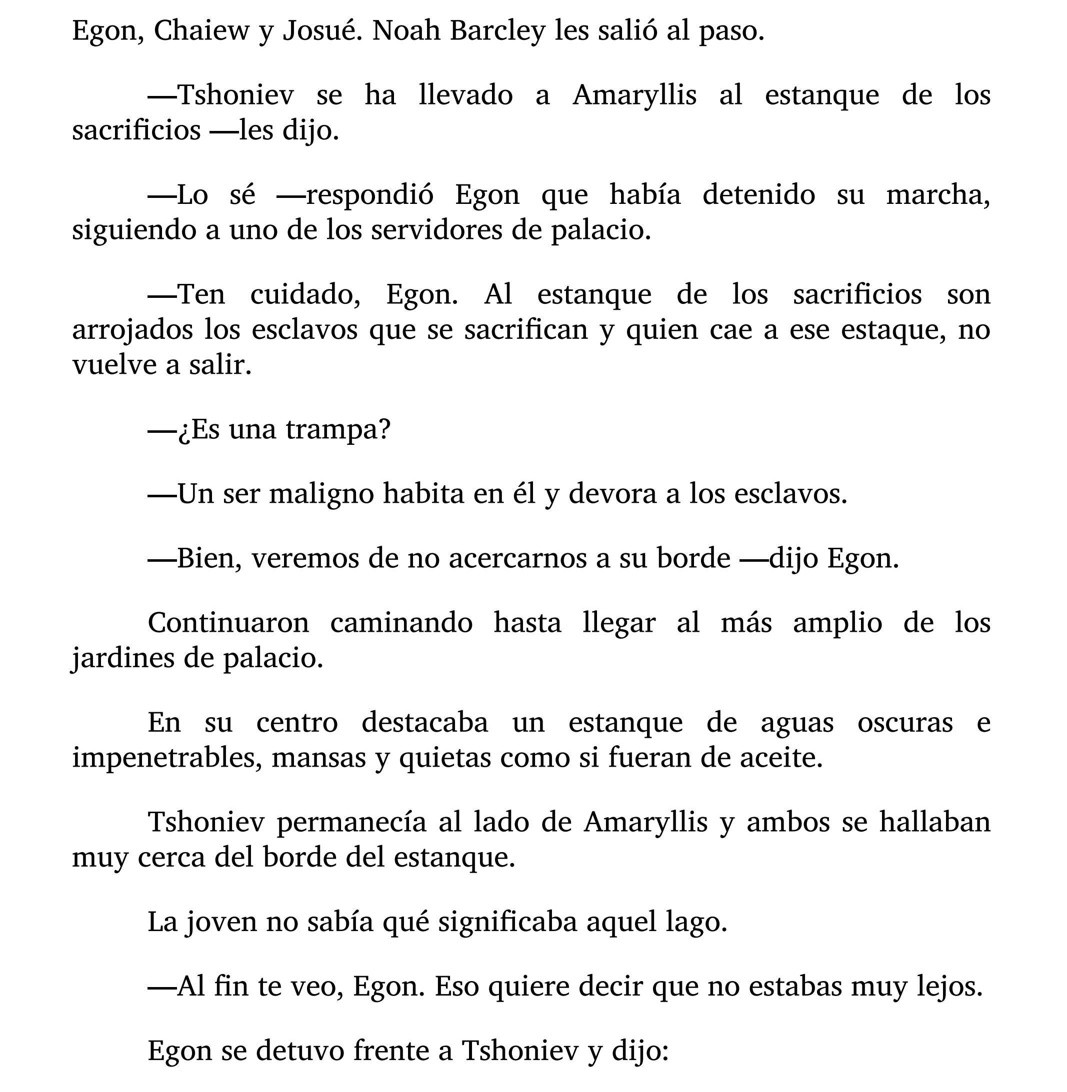
Tshoniev miró a Amaryllis y dijo:

—La verdad es que las lilium normales empezaban a aburrirme. Tú eres tan hermosa como las demás, pero tienes algo de salvaje que te hace muy atractiva. Anda, acompáñame al estanque de los sacrificios, allí esperaremos a tu Egon. ¿Le amas; te corresponde él?

Amaryllis se sonrojó y prefirió no responder. Deseó matar a Tshoniev «L» porque la miraba de aquella forma y porque le había preguntado si había hecho algo que ella había deseado hacer.

Noah Barcley les siguió con la mirada y se fue deslizando hacia la puerta.

Pasaron muchos minutos antes de que se presentaran en palacio



Egon, Chaiew y Josué. Noah Barcley les salió al paso.

—Tshoniev se ha llevado a Amaryllis al estanque de los sacrificios —les dijo.

—Lo sé —respondió Egon que había detenido su marcha, siguiendo a uno de los servidores de palacio.

—Ten cuidado, Egon. Al estanque de los sacrificios son arrojados los esclavos que se sacrifican y quien cae a ese estaque, no vuelve a salir.

—¿Es una trampa?

—Un ser maligno habita en él y devora a los esclavos.

—Bien, veremos de no acercarnos a su borde —dijo Egon.

Continuaron caminando hasta llegar al más amplio de los jardines de palacio.

En su centro destacaba un estanque de aguas oscuras e impenetrables, mansas y quietas como si fueran de aceite.

Tshoniev permanecía al lado de Amaryllis y ambos se hallaban muy cerca del borde del estanque.

La joven no sabía qué significaba aquel lago.

—Al fin te veo, Egon. Eso quiere decir que no estabas muy lejos.

Egon se detuvo frente a Tshoniev y dijo:

—Lo que quieres es saber dónde estaba la esfera, ¿verdad?

—¿Crees que no lo sé?

—No, no lo sabes, y paradójicamente estaba muy cerca, al otro lado de la plaza que hay frente a este palacio, en el British National Bank, dentro de la cámara acorazada.

—Vaya, qué cerca estaba y yo sin saberlo.

—Es lógico, tú tienes una mentalidad distinta a la mía. En mi tiempo éramos más guerreros, es cierto, por tanto sabíamos para qué servía una cámara acorazada: para esconder algo que nos pudieran quitar. Pensé que dentro de esa cámara acorazada esconderíais

vosotros lo mismo.

—Destrozó la bola —dijo Josué.

—¿La bola destrozada? —repitió Tshoniev, palideciendo.

—Sí, pero no te asustes, tu Magot no estaba dentro de la bola. Allí sólo había unos altavoces, unos micrófonos y unas cámaras. Vuestro Magot es muy desconfiado y está escondido en otra parte. Utilizaba la sala de las pantallas para comunicarse con vosotros porque seguramente os teme, y os teme por alguna cosa.

—Tú crees saberlo todo, Egon —arguyó Tshoniev despectivo.

—Lo que no sé, trato de deducirlo. Si os teme, es porque es más débil que vosotros o simplemente distinto y no quiere que le veáis, porque ninguno de vosotros le ha visto jamás. ¿No es cierto?

—No, no le hemos visto, pero es nuestro amo, él nos ha creado.

—Sí, a través de unas factorías genéticas, pero a los bárbaros no los ha creado él. En realidad, a vosotros no os ha creado, sólo os ha dado la forma que le ha convenido y luego una educación del sistema que os ha impuesto. Después de todo, sois humanos, terrícolas como los de los bosques.

—Ellos son bárbaros —replicó Tshoniev peyorativo.

En aquel momento, Chaiew tuvo una reacción sorpresiva y violenta. Se abalanzó sobre Tshoniev y lo arrojó al estanque de los sacrificios, en medio del terror del propio Tshoniev.

Un alto oficial de la policía disparó contra Chaiew, el cual, con un grito, también cayó al agua. Egon se volvió hacia el que había disparado, que no era otro el oficial P-Mil Uno, y le disparó a su vez, incinerándolo en el acto.

Tshoniev chapoteó en el agua. Chaiew, herido, también chapoteó. Entonces aparecieron unos largos tentáculos que se enroscaron en sus cuerpos, sumergiéndolos en la oscuridad impenetrable de las aguas.

—¡Apartaos! —gritó Egon.

Ya un guepardo saltaba sobre Egon, hundiendo sus uñas en la casaca, tratando de buscarle el cuello con sus colmillos.

Amaryllis desenfundó su pistola y disparó sobre la cabeza del animal que ardió junto al casco de Egon. Este se desprendió de la bestia que cayó al agua. Apareció otro de aquellos tentáculos que jaló del cuerpo de la bestia hacia el fondo.

—Josué, Magot debe de ser eso que hay ahí dentro, aunque a nadie se le haya ocurrido antes. Pon tu arma lo mismo que hemos hecho antes para hacer un agujero en el suelo y dispara sobre el agua. Vamos, rápido.

Josué y Egon comenzaron a disparar sobre el estanque mientras Amaryllis hacía fuego contra unos policías que habían aparecido en el jardín.

El agua del estanque se calentó con aquel dardo térmico. Salieron vapores hediondos e incluso comenzó a dejar escapar las primera burbujas.

—Sigue, Josué, sigue, hasta que lo hagamos hervir.

De pronto, el agua comenzó a burbujear con más fuerza y en el centro del estanque se elevó algo por encima de las aguas.

Aquel algo era una especie de nave extraterrestre circular que pretendía escapar del estanque. La nave tenía una amplia escotilla por la que brotaban unos largos tentáculos y de uno de ellos, todavía colgaba el cadáver del guepardo que había tratado de introducir en la nave, seguramente para devorarlo el ser que había dentro.

—¡A él, Josué, a él!

La nave se elevó por encima de las aguas casi a punto de ebullición. Se alzó en el aire tratando de escapar en medio de unos rugidos monstruosos y el rumor de los motores. Era obvio que algunos de aquellos tentáculos se hablan quemado.

Los dardos alcanzaron la nave y ésta comenzó a balancearse mientras ascendía lentamente, tratando de tomar velocidad. Las armas de Egon la hicieron estallar y cayó de nuevo al estanque, cascada por varios lugares.

—¡Sigue disparando, Josué, sigue disparando! —gritaba Egon mientras el agua del estanque hervía y hervía.

Magot ya no saldría jamás de aquel estanque donde permaneciera oculto durante siglos, imponiendo su poder autocrático

a los hombres del planeta Tierra.

* * *

El área 1 se había transformado en la ciudad sede de congresos y allí habían acudido los representantes de las respectivas áreas.

Los bárbaros, dueños y señores del área de los bosques, estaban representados por Noah Barcley y Josué.

Presidían la mesa circular Amaryllis y Egon, quien tenía su casco sobre la mesa. Su rostro, su noble cabeza, estaban al descubierto.

El trataba de gobernar las diferentes áreas hasta que todos sus habitantes fueron capaces de establecer una democracia.

Las factorías de Magot habían sido arrasadas hasta sus cimientos y quemadas sus fórmulas de Genes Control.

Las lilium tenían que casarse, lo mismo con los profesionales, que con los policías o los bárbaros. Sólo los Tshoniev habían sido juzgados, condenados y ejecutados en su totalidad. Era la única especie que había sido exterminada. Las demás, se habían respetado.

Los cruces, las generaciones, terminarían haciendo desaparecer con el tiempo tanta igualdad entre los seres que, como había puntualizado Egon, no dejaban de ser habitantes de la Tierra, con un alma como los demás.

Magot había sido un extraterrestre llegado de algún confín del universo en un viaje solitario. Había visto posibilidades de imponerse a los hombres de la Tierra y lo había hecho, dominándolos durante siglos, cogiéndolos por sorpresa al principio.

Egon había regresado de la Historia para destruirlo y así lo había hecho.

Dando ejemplo de que todos los hombres y mujeres debían de ser iguales en derechos, se casó con Amaryllis, y cuando ésta se levantó de la mesa de consejos supremos interáreas, se podía observar que su vientre mostraba un ligero abultamiento. Dentro de él ya

germinaba una nueva vida que no habría de temer a Magot.

Siguiendo el ejemplo de ellos, comenzó la integración de los bárbaros con los que habían sido los siervos de Magot.

Se construyó un arco de triunfo sobre el estanque de los sacrificios y en él se cinceló una frase: «Todo ser humano ha de ser concebido como fruto del amor santificado del hombre y la mujer, y alumbrado por ésta.»

F I N